

CRISTIANDAD

Año XXII - N.º 412-13

BARCELONA

JUNIO - JULIO 1965

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

EDITORIAL

**EL APOSTOLADO DE LA ORACION
Y LA DEVOCION AL CORAZON
DE JESUS, HOY**

Casimiro Puig, S. I.

EL CULTO AL SAGRADO CORAZON

Gerald de Becker

**IMPORTANTISIMO DOCUMENTO
PONTIFICIO SOBRE EL
SAGRADO CORAZON**

Roberto Cayuela, S. I.

LA LLANÇADA

Manuel Brunet

**UNA RELIGION
PARA NUESTRO TIEMPO**

Juan Roig Gironella

**LA BULA DE LEON XIII
SINTESIS DE LA HISTORIA
COMPOSTELANA**

R. B.

**EL PUEBLO JUDIO
DESDE SU DISPERSION (VIII).
EDAD MODERNA Y REVOLUCIONES**

Luis Creus Vidal

UN POCO DE MODERACION

Benvenuto Matteucci

**EL MARXISMO SOVIETICO;
SU MISTICISMO MATERIALISTA**

Javier Sanmartí Roset

ACERCA DEL TRIUNFALISMO

Bias Piñar

**EXHORTACION PASTORAL
SOBRE EJERCICIOS ESPIRITUALES**

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 2212775

ADMINISTRACIÓN:

Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Más sobre directrices conciliares

Es muy desagradable para los buenos católicos bien informados la confusión creada y mantenida por ciertos periodistas a propósito de la sumisión debida a las *directrices conciliares*. Ya escribimos sobre el tema en "ABC" del 6 de febrero de este año. Pero nuevos sucesos justifican la insistencia en algunos aspectos especialmente embrollados.

En la administración de un periódico, que se precia de servir a la Iglesia como ella quiere ser servida, se negaban no hace mucho tiempo a publicar un artículo porque no les parecía ortodoxo; y no les parecía tal porque, a juicio de la dirección, no seguía a la mayoría del Concilio. Lo ortodoxo, pues, según aquella dirección, era apoyar, explicar, exaltar las opiniones de la mayoría conciliar, no las de la minoría.

El primer problema que nos plantea esa actitud, es el de averiguar cuál es la mayoría y cuál la minoría en que la dirección del periódico piensa. Desde luego no en una mayoría meramente relativa que, comparada con la suma de votos contrarios repartidos en otros diferentes grupos, no llegara a la mitad más uno de la totalidad. Se trata, sin duda, de una mayoría absoluta. Pero ésta puede ser varia. Porque puede pensarse en una mayoría absoluta o número mayor que el que expresara la mitad de los padres asistentes al Concilio, y en ésta suponemos que se piensa. Si, pues, acuden a una sesión tres mil padres, la mayoría así entendida sería de mil quinientos uno en adelante, vgr., mil seiscientos, dos mil, dos mil quinientos... y posiciones intermedias.

Pero no es lo mismo una mayoría absoluta que, durante la discusión, se declara por una determinada actitud o sentencia, que otra que, ya con más plena conciencia de su responsabilidad, la vota y aprueba; aunque todavía, con su voto y aprobación no la erija en definición, declaración o decreto, porque para ser tal se requiere la intervención conveniente del Romano Pontífice, el cual no está obligado a ratificar lo que opina la mayoría.

Por eso se puede pensar en otra y principal mayoría absoluta: la que vota y aprueba definitivamente una doctrina o norma de acción que recibe además la sanción del Papa y se intima a la Iglesia.

¿A cuál de estas tres mayorías hay obligación de seguir?

¿A cuál, si no obligatorio, es cuando menos conveniente seguir?

Claro que hay obligación de seguir el dictamen de una mayoría absoluta conciliar que, además, fuera autorizada por la sanción pontificia; pero no, si esa sanción le faltara. Mientras el Papa no toma partido por una doctrina o actitud y no la impone a la Iglesia, todos los católicos de dentro y de fuera del Concilio tienen el derecho, y a veces el deber, de defender la opinión que estimen ser conveniente, aunque sea contraria a la de la mayoría absoluta, por amplia que ésta sea.

Y mientras, faltando esa intervención pontificia, uno crea que la opinión de la minoría es la verdadera, no habrá ninguna razón por la que para él sea conveniente dejarla y seguir la de la mayoría.

No. Ni en el período de la discusión, ni después en la votación, es la mayoría —ni siquiera la amplia mayoría absoluta— norma que ligue la conciencia y la obligue a negar su adhesión y su voto a la opinión de la minoría. Ésta no ha de perder la confianza en sí misma, ni creer que la mayoría lleva razón, sólo por ser mayoría. Únicamente cuando ésta contara entre sus participantes al Papa, y éste ratificara y promulgara con su suprema autoridad el dictamen de tal mayoría, estaríamos obligados a pasarnos a ella, y no por ser mayoría, sino por ser poseedora de la jurisdicción doctrinal, al estar ella misma con el Papa, columna de la verdad.

Por lo demás, en favor de lo que el Papa aprueba, promulga e intima a toda la Iglesia, estará no ya la mayoría, sino la totalidad.

La conclusión ha de ser que, en principio, ni el parecer de la mayoría ni el de la minoría se imponen al asentimiento y aceptación del cristiano; sino que a cada uno se impone el que le impone su propia conciencia, y ése debe defender con todos los medios legítimos, mientras no aparece la decisión final abrazada y promulgada por la competente autoridad que, en el Concilio, no existe sin el Papa.

De aquí se sigue que, en nombre de las directrices conciliares, no puede un periódico negarse a publicar artículos en defensa de opiniones minoritarias; antes debe publicarlos, para mayor ilustración de la materia en el tiempo anterior a la definición, declaración o decreto final.

Podría hacerse la hipótesis de que, antes de adoptarse una resolución final y debidamente sancionarse, se hubiera revelado de forma indubitable el pensamiento concorde de una mayoría equivalente a la totalidad moral de los pastores de la Iglesia. Y se arguye que todo buen católico ha de sentir con esa mayoría y obrar en consecuencia, pues si esa totalidad se equivocara, toda la Iglesia docente padecería un error; lo cual parece incom-

patible con la asistencia que le prometió Jesucristo para enseñar su verdadera doctrina.

Además, el consentimiento de todos o casi todos los teólogos en la apreciación de una doctrina como de fe o como cierta teológicamente, se estima cierto argumento de que así es. Pues *a fortiori*, el consentimiento de casi toda la Jerarquía docente será exponente indiscutible de la verdad que debe admitirse.

Salvo meliori iudicio, entiendo que un consentimiento de todos o casi todos los jerarcas, el Papa incluido, aun antes de ser intimado como decisión autorizada a toda la Iglesia, es digno de máximo respeto, y, en general, pecaría contra la prudencia cristiana quien, constándole de su existencia —cosa bien difícil—, no lo adoptara como norma de su pensamiento; aunque sólo después de promulgarse con la intención de que todos los católicos lo acepten, sería una ley o un precepto que, por motivo de obediencia a la Sagrada Jerarquía, obligara a su observancia.

Pero esta hipótesis habla de totalidad, moral al menos, de la Jerarquía, e incluido el Papa, no de una simple mayoría, aunque sea grande. Pues bien, la simple mayoría puede equivocarse frente a la minoría; y mientras el Papa mismo no adopte su parecer y lo intime, nadie tiene obligación de seguirlo ni de abstenerse de combatirlo; al revés, si estima que la minoría lleva razón, ha de hacer lo conveniente por mostrarlo así, para contribuir con su razonamiento a la mejor percepción de la verdad y facilitársela a todos: de la minoría y de la mayoría.

En otros términos, ni en toda la Iglesia ni concretamente en un Concilio ecuménico, ni en ninguna parte, es la simple mayoría criterio de verdad.

Sería, pues, contrario a toda razón, por falso y perturbador de las conciencias de los fieles, intimarles ese criterio como norma inviolable de pensamiento y de acción. ¡Y en esa incorrección incurren tantos escritores!

El criterio de verdad derivado de la institución de una jurisdicción doctrinal de la Iglesia actuante en el Concilio, no es, en resumidas cuentas, otro que la decisión final aprobada y promulgada por el Romano Pontífice.

E. GUERRERO, S. J.

«Estamos persuadidos de que si se fomenta el estudio de la doctrina del Doctor Angélico se alcanzarán mejor las intenciones de los Padres del Concilio Ecuménico Vaticano II.»

Juan XXIII, 7 marzo 1963.

EL APOSTOLADO DE LA ORACION Y LA DEVOCION AL CORAZON DE JESUS HOY

Uno de los motivos que induce a algunos a dejar de lado la devoción al Corazón de Jesús, es porque creen que la vida litúrgica basta. En la vida litúrgica con su pedagogía, que nos lleva a orar por Cristo y con Cristo, con un ciclo centrado en torno al Misterio Pascual, hallamos nuevos accesos al Misterio de Cristo, que responden a la más auténtica tradición, y nos proporciona todo lo que nos puede ofrecer la devoción al Corazón de Jesús. ¿Para que entonces los rodeos del simbolismo, para qué detenerse en el corazón físico?

En más de una ocasión, al tratar de poner al día la espiritualidad del Apostolado de la Oración, inspirado en la devoción al Corazón de Jesús, se me ha respondido que lo que interesa y lo que hay que predicar es a *Cristo y la Iglesia*. Es éste otro aspecto del apostolado moderno. Toda devoción, afirma H. Rahner, si es auténtica, y en tanto en cuanto lo es, implica la tendencia a la eclesialización.

Otra de las tendencias modernas de la *pastoral es la misional*. La parroquia se ha convertido en un especie de ghetto, en el que los buenos y piadosos separados y protegidos atienden a sus necesidades religiosas y se preservan a sí mismos y a los suyos del influjo corruptor del mundo circundante. A los más de nuestros practicantes y feligreses les falta la conciencia de la misión apostólica, la interior persuasión de tener el deber de llenar una tarea misionera en el ambiente que les rodea. (Michoneau. *Paroisse Communauté Missionnaire*.)

Algunos se preguntan, para satisfacer estas nobles tendencias de la espiritualidad moderna, ¿para qué sirve la devoción al Corazón de Jesús y el Apostolado de la Oración?

Hemos recibido de la Dirección General del Apostolado de la Oración de Roma, una interesante circular que da mucha luz para orientar los espíritus turbados por estas, a veces, exageradas opiniones y tendencias, y nos hace ver cómo la devoción al Corazón de Jesús y la espiritualidad del Apostolado de la Oración empalma perfectamente con lo bueno que hay en las expresadas tendencias. De ella vamos a dar para los lectores de **CRISTIANDAD**, a continuación, íntegro su contenido:

Íntima relación que existe entre el Apostolado de la Oración y la devoción al Corazón de Jesús

La unión entre el Apostolado de la Oración y la devoción al SS. Corazón de Jesús no nació casualmente. Los escritos y la actuación del P. Ramiere demuestran las razones de esta íntima unión. Según el fundador del Apostolado de la Oración el culto al Corazón de Jesús no debe reducirse a actos de reparación, sino que ha de tener un alcance universal y apostólico. Hace más perfecta y fecunda nuestra unión con Cristo, nos introduce

más plenamente en el misterio del amor de Cristo, nos familiariza con las virtudes e intenciones del Señor, de modo que oremos mejor y trabajemos con Él y por Él, nos consagremos más perfectamente a Él, y reparemos por los pecados propios y por los de los hombres.

El P. Ramiere, insistiendo en este carácter universal y apostólico del culto al Corazón de Jesús lo adoptó como el *medio principal* para despertar en los fieles el espíritu apostólico y promover la práctica de la oración apostólica (Pío XII, dice que la devoción al Corazón de Jesús es como el *alma* del Apostolado de la Oración).

Hoy ha de concederse a la devoción al Corazón de Jesús, dentro del A. de la O., la misma importancia que tenía hasta el presente

Se pregunta si hoy, en el Apostolado de la Oración, se ha de dar la misma importancia que hasta ahora a la devoción al Corazón de Jesús. ^{Por lo cual se pregunta} dar nace de la lectura, sin profundizar, de la Constitución Litúrgica del Concilio Vaticano II.

Los Estatutos del año 1951 recomiendan que nuestro ofrecimiento diario se una al Sacrificio de la Misa. Ya que el cristiano está llamado a que con su ofrenda participe de este sacrificio que al mismo tiempo es sacrificio de Cristo y de la Iglesia. Por esto — así se insiste en nuestro Manual — los socios han de procurar hacer de la Misa el centro de su vida. Esta aspiración del Apostolado de la Oración concuerda plenamente con la Constitución de la Sagrada Liturgia que quiere que la Liturgia, cuya parte más importante es el Sacrificio Eucarístico, sea el centro de la vida cristiana y de la cura pastoral.

Ahora bien, la Constitución Conciliar no habla de la devoción al Corazón de Jesús. Por lo cual se pregunta, si acaso, habiéndose renovado la Liturgia en la vida de la Iglesia, se habrá disminuido la importancia y la estima del culto al Corazón de Jesús o aún más el mismo culto resulte superfluo. Este silencio confirmaría la opinión de aquellos que dicen que el culto al Corazón de Jesús contribuyó mucho a promover el movimiento y la espiritualidad eucarística, pero que ahora ya ha cumplido su misión. La espiritualidad litúrgica que ha sucedido al culto al Corazón de Jesús, parece que no necesita más de él, ya que contiene en sí misma todo lo que se requiere para una perfecta espiritualidad.

La importancia del culto al Corazón de Jesús de ningún modo disminuye

La objeción propuesta carece de todo fundamento; sin embargo, nos dará ocasión de que de nuevo nos demos cuenta de la íntima conexión que existe entre la Sagrada

Liturgia y el culto al Corazón de Jesús y de cómo mutuamente se ayudan.

El que la Constitución de la Sagrada Liturgia guarde silencio del culto al Corazón de Jesús, nada prueba. De muchas cosas que son de gran importancia para la vida cristiana, nada se dice; así, por ejemplo, nada se dice de la Comunión en temprana edad y frecuente de los niños, y, no obstante, en esto nada ha cambiado. Por lo cual, del silencio, nada en contra del culto al Corazón de Jesús, se puede deducir.

Pero, es más, en la Constitución se hace alusión explícita al Corazón de Jesús, cuando al fin del párrafo 5 dice: "Pues del costado de Cristo durmiendo en la cruz nació el admirable sacramento de toda la Iglesia". Y cualquiera que conozca un poco los documentos eclesiásticos referentes al Corazón de Jesús, sabe que con estas palabras se indica el misterio del Corazón de Jesús.

Las palabras citadas del Concilio deben incitarnos a que de nuevo meditemos acerca del verdadero sentido e importancia del culto al Corazón de Jesús. Paulo VI, en la Encíclica "Ecclesiam suam" nos habla de la necesidad de reflexionar de nuevo acerca de la verdadera naturaleza y misión de la Iglesia, a fin de que aparezca más claramente de qué manera se podrá adaptar a las necesidades del mundo de hoy. Esta advertencia también podemos aplicarla al culto al SS. Corazón de Jesús. La reflexión sobre su naturaleza y su relación con la vida y la espiritualidad de la Iglesia nos servirá de ayuda para mejor conocerla y practicarla.

La fuerza del símbolo

¿Por qué hablamos propiamente del Corazón de Jesús? ¿Por qué se representa el Corazón del Señor, como símbolo sobre su pecho? ¿Acaso no basta hablar del Señor, de Jesucristo, de nuestro Salvador y representarlo pendiente de la cruz o reinando en la gloria? ¿A qué viene juntar el símbolo del corazón al nombre o a la persona del Señor?

Es cosa corriente en la iconografía cristiana añadir a las imágenes de los santos un símbolo que el Santo lleva, por ejemplo, en la mano o sobre el pecho; así, por ejemplo, a Santo Tomás se le pinta llevando un sol sobre el pecho. Tal símbolo indica una cualidad singular o su obra principal y, por su naturaleza o mediante una explicación, viene a ser como la clave para mejor conocerlo y apreciarlo. Así el sol en el pecho de Santo Tomás es el índice de su sabiduría, y al mismo tiempo sirve de estímulo para estudiar su doctrina, y asimilar su modo de pensar y sentir acerca de la fe cristiana.

Lo mismo hay que decir del símbolo del Corazón de Jesús. El corazón según el uso y sentir de los hombres significa dos cosas: primero, el íntimo centro de la persona, aquello que constituye y expresa todo el valor, la cualidad moral, el carácter propio de la persona; segundo, aquello que está íntimamente unido con el centro de la personalidad, el amor de aquella persona. El Corazón

de Jesús por lo tanto simboliza aquel carácter íntimo de su personalidad, que es propio de su doble naturaleza, es a saber, su infinito e incomprensible amor al Padre y a los hombres. Este símbolo, por lo tanto, es la clave para conocer, apreciar y amar mejor a nuestro Señor, y para imitarle más fácilmente y asociarnos a su obra Redentora. Nos enseña a contemplar y venerar el misterio de nuestra salvación como una manifestación del amor de la SS. Trinidad hacia nosotros los hombres, hecho visible en Jesucristo.

El símbolo no se propone, honra o utiliza por sí mismo, sino por razón de los simbolizado o significado. Esto ocurre también en el Corazón de Jesús. Aunque el símbolo es algo del todo singular — puesto que es un órgano del Cuerpo de Cristo — por esto digno de adoración; no obstante en esta forma de piedad que designamos con el "culto al Corazón de Jesús" primaria y principalmente se tiene en cuenta la cosa simbolizada, el amor de Cristo. El culto que se quedase en la adoración del Corazón de Jesús, no sería aquel que recomienda la Iglesia. En verdad que por la relación singular que el Corazón de Jesús tiene con la persona, siempre en sí mismo es adorable y digno de toda reverencia, siempre en cierto modo es cohonrado y conglorificado, cuando damos culto y veneramos el misterio del Corazón de Jesús. Pero lo principal siempre es la cosa simbolizada, el amor del Señor.

Esta breve explicación de la fuerza y función del símbolo pone de manifiesto cuán falsamente se dice a veces que el símbolo del Corazón de Jesús, y el culto al amor del Señor que se propone avivar y expresar, hoy está anticuado y está de baja. No lo entiende así la Iglesia, como la declara la Encíclica "Haurietis Aquas". En la historia del culto al amor de Cristo, la introducción del símbolo de su Corazón, en verdad conduce a la cumbre de la evolución de este culto, pero no a su fin y su muerte, sino más bien al tiempo de su madurez y eficacia. Es más, según la doctrina de la Iglesia nuestros mismos tiempos deben percibir especiales frutos del amor de Dios, significado por el símbolo del Corazón de Jesús.

El culto al Corazón de Jesús y la renovación espiritual

Si fijamos nuestra atención en la renovación espiritual — sancionada por el Concilio Vaticano II — ya en sus inicios o en su mayor desarrollo, veremos también que el culto al Corazón de Jesús es de gran actualidad. Esta renovación espiritual no es nueva; sino que, apoyándose en la Sagrada Escritura, tiene clara y transparentemente los caracteres esenciales de la espiritualidad cristiana. Está adornada propiamente de tres cualidades: es eclesial, litúrgica y misionera.

Es *eclesial*, porque considera y forma la vida cristiana en íntima relación con la naturaleza, fin, actividad y perfección de la Iglesia. Hace consistir la perfección de los fieles, considerados como pueblo de Dios, en que vivan íntimamente unidos con Jesucristo, en unión de vida y amor insertos por el Bautismo en el misterio pascual de

Jesucristo: muertos con Él, sepultados con Él, resucitados con Él, reciban el espíritu de hijos de Dios y así sean los verdaderos adoradores que busca el Padre (Const. Litúrgica, n.º 6).

Es *litúrgica* porque el principal y propio oficio y fin de la Iglesia es la celebración de la Liturgia, ya que ella es: “el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y cada uno, a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro” (Const. Lit., n.º 7).

Es *misionera* porque la liturgia no agota toda la actividad de la Iglesia, pues tiene que anunciar el evangelio a todos los hombres, y a los fieles les debe predicar continuamente la fe y la penitencia (Const. Lit., n.º 9). A este deber de propagar el Reino de Dios y de someter todos los hombres al suave imperio de Jesucristo, deben cooperar todos los fieles. De lo cual resulta que la espiritualidad cristiana, por su naturaleza ha de ser apostólica o misionera.

Se comprende fácilmente que esta espiritualidad se puede unir íntimamente con la devoción al Corazón de Jesús, de modo que la una perfecciona y fecunda a la otra, y así el amor hacia Dios y a Jesucristo resulte verdaderamente el fundamento, el centro y el alma de esta renovada espiritualidad.

Omitamos exponer, por razón de brevedad, cuanto, el culto al Corazón de Jesús en los tiempos pasados, contribuyó a preparar y fomentar esta espiritualidad, aunque este estudio sería muy útil para comprender mejor y juzgar de la importancia e influjo de este culto. Baste de momento comparar la espiritualidad expresada con la devoción al Corazón de Jesús.

La espiritualidad *eclesial* inspirada y empapada del misterio de la Iglesia, se comprende que, por su naturaleza, ha de estar íntimamente unida con el misterio del Corazón de Jesús, ya que de él ha nacido. El símbolo del Corazón nos recuerda que aquella íntima unión que existe entre Cristo y sus miembros, entre el Señor y su pueblo, debemos considerarla unión de amor, y vivirla con espíritu de amor a Dios y a los hombres.

Por la *Sagrada Liturgia* participamos del ministerio sacerdotal de Jesucristo, por el cual Cristo, juntamente con la Iglesia, manifiesta y ofrece al Padre su perfectísimo homenaje de honor y amor; al mismo tiempo la Liturgia es la fuente de donde mana toda su fuerza (Const. Lit., n.º 10); y “la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucarística enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo” (ibid.). Alcanzando la *Sagrada Liturgia* su cumbre en el recíproco amor entre Dios y nosotros, también, el misterio del Corazón de Jesús, tiene allí su máximo significado y su más perfecta expresión, alcanza su máxima eficacia, y nos dispone a que, penetrados verdaderamente del amor del Corazón de Jesús, vivamos la *Sagrada Liturgia*.

De la misma manera que la espiritualidad *eclesial* y liturgia es también necesariamente *misionera*, así tam-

bién el culto al Corazón de Jesús. Quien dijo: “He venido a traer fuego a la tierra y que quiero sino que arda”, quién instituyó la Iglesia para propagar el Evangelio por todo el mundo, quién con un especial sacramento llamó y capacitó a todos los fieles para cooperar a esta misión; con el símbolo de su Corazón quiere invitar a todos a que, con el mismo espíritu de amor con que realizó la redención, cooperen a su obra de salvación. Las prácticas de consagración y reparación que siempre tuvieron grande importancia en el culto al Corazón de Jesús, son formas de piedad eminentemente apostólicas.

La renovación espiritual y el Apostolado de la Oración

También la espiritualidad del Apostolado de la Oración con todo derecho puede decirse que es: misionera, litúrgica y eclesial. Es *misionera*, porque como el mismo nombre lo indica, quiere socorrer a la Iglesia y al mundo en sus necesidades con la oración y el sacrificio, suscitar en los fieles el espíritu misionero, y estimularlos al apostolado de la acción.

Es *litúrgica*, porque con su espiritualidad de ofrecimiento, une íntimamente toda su vida con la *Sagrada Liturgia* y con el Sacrificio de Jesucristo.

Es *eclesial*, porque desde sus comienzos se alimentó de misterio la Iglesia, Cuerpo Místico de Jesucristo, fomentó el espíritu de sentir con la Iglesia y de obediencia al Sumo Pontífice, y de este modo practicó el amor a Cristo y su Iglesia, tan propio de la espiritualidad eclesial.

Además de esto, la renovación del Apostolado de la Oración realizada por los últimos Estatutos del año 1951, pretende servir a estas tendencias de la pastoral litúrgica, que hoy han sido confirmadas por el Concilio Vaticano II, y decretadas para toda la Iglesia. Por lo cual el Apostolado de la Oración se puede enriquecer, hacer más perfecta su acción pastoral, más fecunda y más eficaz, por las Constituciones Conciliares.

De todo lo dicho se deduce cuánta importancia tiene también hoy; y en lo sucesivo, también en el Apostolado de la Oración, ha de tener el culto al Corazón de Jesús. Aquel amor simbolizado en el Corazón de Jesús es el alma de la espiritualidad eclesial, litúrgica y misionera. Ante las ingentes necesidades espirituales de nuestro tiempo este amor — como proclamó Paulo VI desde la ventana del palacio apostólico a la vuelta de su viaje a la India, en su último discurso — ha de ensanchar, abrir, encender nuestros corazones, a semejanza del Corazón de Nuestro Señor para que todos cooperemos a propagar y establecer el Reino de Cristo en el mundo.

Hasta aquí la doctrina de la Circular de la Dirección General de Roma. Permítasenos ahora como comentario añadir unas observaciones entresacadas de un artículo del P. Bernardo Bravo, S. I., sobre: “Cómo presentar

hoy la devoción al Sagrado Corazón de Jesús”, publicado en Manresa, enero 1965.

Llama la atención el que después de la Encíclica “Haurietis aquas” y de tantos trabajos teológicos publicados después de la misma, sea el culto al Corazón de Jesús, objeto de críticas y recelos. Ante todo hay que atribuirlo a la ignorancia, a no haber estudiado al menos una vez a fondo la materia.

Muchos de los refractorios a la devoción al Corazón de Jesús, lo son en nombre de una supuesta teología o de otra supuesta liturgia con la que se dice estar en desacuerdo. A estos habría que ponerles delante, entre otros muchos, los testimonios de Jungmann, autoridad tan solvente en la actualidad litúrgica, o los del P. Rahner, por ejemplo, tan positivos ambos a dos en la materia del culto al Corazón de Cristo y tan aceptado el último de una manera particular en algunos ambientes refractorios del culto al Corazón de Jesucristo.

Pero además, en muchos casos, habrá que atribuirlo

a falta de disposición interior. De la devoción al Corazón de Jesús puede decirse un poco lo que se dice de la fe, que se la entiende desde dentro, viviéndola, no desde fuera.

A determinados auditorios, por toda apologética, habría que leerles para empezar, el párrafo de Karl Rahner en su artículo de Cor Salvatoris: “La comprensión de las cosas del «Corazón» presupone una determinada actitud y disposición en el que oye hablar de ellas. Si el tema de la devoción al Corazón de Jesús le parece a alguno oscuro o «exagerado», debería el tal preguntarse si él mismo es un hombre humilde, amante y reverente, que de verdad se siente conmovido por el milagro y la incomprendibilidad de que Dios nos quisiera amar a nosotros pecadores en Cristo con su amor más personal y más íntimo. Es claro de antemano que solamente para un hombre así, para un hombre que ama y que ora, el tema del Corazón de Jesús puede ser comprensible. También eso pertenece al método teológico”.

CASIMIRO PUIG, S. I.

EL CULTO DEL SAGRADO CORAZON

Dos siglos se han cumplido el 25 de enero de este año, desde la aprobación del Culto al Sagrado Corazón por la Santa Sede. Y en conmemoración de tan bienhadada fecha, publicó en dicho día el autorizado Diario “L’Osservatore Romano” un muy notable artículo, que nos honramos en presentar a nuestros lectores, traducido del original italiano.

Es un artículo ponderado, y, a la vez, valiente; es profundo, y también claro; y es de oportunísima actualidad.

El autor ha ido a beber en las fuentes de la Revelación Divina y de la Teología Católica; y ha tenido presentísimo, con filial devoción y obsequio, el Magisterio de la Iglesia. Así se escribe con toda seguridad; y lo que se escribe es un pleno acierto, como sucede en el caso de este artículo. Helo aquí:

El Culto del Sagrado Corazón fue aprobado por la Santa Sede el 25 de enero de 1765. Este Culto tiene sus raíces en los datos más profundos de la Revelación; y no constituye un fruto del sentimentalismo del siglo xvii.

Dios es Amor; y nos ha manifestado su propio Corazón en el Hijo, para suscitar nuestro amor. El Sagrado Corazón es la persona amante de Cristo, traspasado en el Corazón.

Basta pensar en la transfixión del Costado de Cristo, que constituye el punto culminante del relato de la Pasión en San Juan (19, 37-39). La transfixión nos habla de un amor que ha pasado más allá de todas las fronteras humanas; nos habla del Cordero Pascual, que se inmoló por nosotros. El mismo San Juan nos ha referido las palabras que Jesús había pronunciado en la Fiesta de los Tabernáculos: Ríos de gracia manarán de su Corazón; sí, de su Corazón traspasado y glorificado brotará la efusión del Espíritu Santo (7, 37-39).

Así el Corazón traspasado es el manantial, y, a la vez, la imagen conmovedora, de la Pasión, de la Resurrección y de Pentecostés. El Culto del Sagrado Corazón no es una devoción “particular”, sino que tiene sus raíces en la gran “devotio”, la que la Iglesia expresa en la Liturgia: el Misterio Pascual, misterio de muerte y de vida.

La consagración y la reparación constituyen los aspectos principales, las prácticas esenciales de este Culto.

Esta consagración no es otra cosa que el desarrollo ulterior y lógico del dinamismo y del enraizamiento incluidos en la consagración bautismal, y que aquí ha sido puesto al nivel de la delicadeza y de la fineza del amor. Esta consagración es dulzura; pero sobre todo es fuerza y sacrificio de sí mismo.

Con respecto a la reparación, podemos decir que ella es más necesaria que nunca en este mundo actual, que está penetrado de naturalismo y de sensualismo y que ha perdido el sentido del pecado.

En el cielo el Cristo glorioso ha conservado su Corazón, su sensibilidad humana. Ciertamente que Él es impasible, pero no es insensible; no puede permanecer indiferente ante las ruinas morales de tantas almas que Él redimió con el precio de tantas lágrimas y de su propia sangre.

Si es posible contristar al Espíritu Santo (Eph., 4, 30), debe ser también posible consolar a Cristo glorioso.

Ahora más que nunca el Culto del Sagrado Corazón tiene actualidad. Gertrudis von Fort escribía: "En el mundo actual el corazón está muerto". A los hombres lo que les gusta es enriquecerse, divertirse; pero tienen miedo de empeñarse, de dar. La forma más trágica de la pobreza, ¿no es la miseria, la mediocridad, el vacío del corazón?

Einstein decía: "El problema de ahora no es el de la energía atómica, sino el del corazón humano".

Tal vez hayamos visto el film documental "La operación del corazón". El paciente está sobre la mesa de operaciones; el cirujano se prepara a tomar su instrumental. La más ligera distracción puede costar la vida al enfermo. De parecida manera, todo lo que sucede en este mundo es una operación en el Corazón de Cristo, que continúa vulnerable en sus miembros. Y el pecado no tiene tan sólo un aspecto individual, sino que posee también un aspecto colectivo. Pensemos en la respuesta que dio una madre, contagiada por la enfermedad de su hijo: "A mí lo que me causa dolor son los pulmones de mi hijo" (L. Mendizábal).

Así, en la Iglesia, el pecado es un mal que repercute en todos sus miembros.

La vida de la Iglesia no puede ya concebirse sin el misterio del Sagrado Corazón. En una de sus "Elegías romanas", Goethe escribe: "Sin el amor, Roma no será ya Roma; y el mundo no será ya el mundo". Y lo mismo para la Iglesia. El Culto del Sagrado Corazón ha despertado el fervor Eucarístico, la vuelta a la doctrina del Cuerpo Místico, el espíritu misional, la necesidad de la externa (ornamentos, ceremonia); pero es mucho más difícil cambiar las disposiciones interiores, o sea el corazón. Por esto San Pablo nos advierte que toda renovación ha de partir del corazón (Rom., 12, 2). El ministerio de la palabra, que no esté sostenido por el ministerio del corazón, acabará por ser un puro formalismo. El misterio del Sagrado Corazón está llamado a combatir las desviaciones de una falsa renovación.

Para muchas almas, el Culto del Sagrado Corazón ha sido el comienzo de su salvación; para otras, el estímulo que les ha espoleado hacia las cimas de la santidad. Muchos directores espirituales podrían decir como el Abate Godín: "Por todas tus hijas, hijos y niños que tenían un alma grande y hermosa, y por el conocimiento que a través de ellos he tenido de Ti, Te doy las gracias, Señor".

Y podemos repetir la expresión de T. S. Elliot: "Donde un santo ha vivido, la tierra se torna santa. Podrá ser devastada por las armas; podrán visitarla los turistas con una guía en la mano; pero esa tierra engendrará lo que renueva al mundo". Y un hombre de ciencia veía en el Corazón de Jesús el horno de amor que ha de incendiar a nuestro mundo sin corazón.

GERALD DE BECKER



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Julio - 1965

GENERAL: Que los medios actuales de comunicación social contribuyan a promover la verdad, la justicia y la caridad.

MISIONAL: Que se encuentren los medios adecuados de llevar a la práctica los decretos del Concilio Vaticano II.

Agosto 1965

GENERAL: Que los conatos por eliminar el hambre en el mundo, fundados en la caridad de Cristo, sean cada día más eficaces.

MISIONAL: Que en los seminarios se formen en ciencia y en virtud excelentes sacerdotes que estén, en sus países, a la altura de las necesidades de la Iglesia.

IMPORTANTISIMO DOCUMENTO PONTIFICIO SOBRE EL SAGRADO CORAZON

Tal es la "Carta Apostólica de Nuestro Santísimo Señor Paulo, por la divina providencia Papa VI, a los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos del orbe católico, al cumplirse el segundo siglo después de la institución de la fiesta litúrgica en honor del Sacratísimo Corazón de Jesús".

Es del día 6 de febrero de este año 1965. Tiene la denominación de Carta Apostólica; es decir, Carta del Sumo Pontífice; documento de menos extensión de lo que suelen ser las Cartas Encíclicas; pero, como ellas, de gran interés dogmático y moral, y de interés para toda la Iglesia; por lo cual se distinguen las "Epístolas Apostólicas" de las simples "Epístolas" o Cartas del Papa, que son más circunscritas a asuntos o personas particulares.

En su relativa brevedad es esta Carta mu, densa de doctrina, expuesta con diáfana claridad; y se siente en ella el acento de íntima convicción y el aliento de ardoroso celo con que está escrita. La mente del Papa se trasluce con evidencia; y sus deseos, planes y afectos se dejan sentir con viva emoción. Al terminar su lectura, uno respira...; y oa gracias fervientes a Jesucristo Nuestro Señor, que así ha guiado la mente, el corazón y la mano de su Vicario en la tierra.

Las circunstancias parecían reclamarla, y no eran pocos los que la deseaban y la esperaban. La ocasión, por otra parte, era del todo propicia. Y el Papa ha aprovechado la providencial oportunidad para decir solemnemente a toda la Iglesia, pues es Carta Apostólica, como de Sucesor de San Pedro, y, como él, Vicario de Cristo, lo que la Iglesia siente, y lo que todos los fieles han de sentir y han de hacer acerca del Culto al Sagrado Corazón de Jesús.

Con soberano acierto nos va recordando Paulo VI lo más esencial, sólido y prácticamente fructuoso de este culto, al mismo tiempo que nos presenta la ocasión de su Carta, sus deseos y recomendaciones en esta conmemoración bisecular; y, sobre todo, las dos cosas que sin duda tiene más en el alma el Papa; a saber, la íntima relación de este Culto con la Sagrada Liturgia y con el centro de ella, la Sagrada Eucaristía; y la relación también de este Culto con la obra del Concilio Vtaicano II. Todo, con una expresión en que se aúnan lo firme y categórico de las aseveraciones, y la solidez del pensamiento, enraizado en la divina Revelación y en el anterior Magisterio de la Iglesia, con el suave fluir de las palabras, rebosantes de divina unción, como de quien ha ido a beber la inspiración de su Carta en el mismo Corazón del Redentor.

Para proceder con orden en este modesto comentario, pongamos de relieve estos tres puntos: el motivo de la Carta, la doctrina que en ella nos da el Sumo Pontífice, y el nexa, enlace o relación que establece entre el Culto al Sagrado Corazón y el Concilio, en curso de celebración.

1.º Motivo de la Carta

Es triple: recordar el hecho histórico de hace dos siglos; enaltecer lo que ya se ha planeado en algunos sitios en esta conmemoración centenaria; y recomendar que en toda la Iglesia se celebre dignamente.

a) Señala el Papa dos fechas memorables, muy cercanas entre sí, del año 1765; y en ellas, la ocasión que le ha movido, y de que se ha querido aprovechar para dirigirse a toda la Iglesia. El 26 de enero de aquel año se publicó el Decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, dando por bueno, legítimo y provechoso el Culto al Sagrado Corazón de Jesús; y el 6 de febrero la misma Sede Apostólica dio cumulado cumplimiento a la general veneración que ya se daba en la Iglesia al Divino Corazón; y llevó este Culto a su ansiada cima, cuando el Sumo

Pontífice Clemente XIII, de venerable memoria, aceptando los piadosos postulados y súplicas de los Obispos de Polonia, y de la Archicofradía romana, erigida con el título del Sagrado Corazón, concedió la fiesta litúrgica, con peculiar Oficio y Misa, a la noble nación Polaca y a la mencionada Archicofradía, aprobando el mismo Papa en persona el susodicho decreto de la Sagrada Congregación de Ritos. Para todo esto alude Paulo VI, y se remite, a la Encíclica de Pío XII, "Haurietis aquas".

Y no tan sólo evoca Paulo VI aquellas dos memorables fechas, que forman como un mismo providencial suceso en la Historia de la Iglesia, y de las que ahora celebramos el segundo centenario; sino que también hace notar muy atinadamente dos hechos; a saber, que aquel establecimiento del Culto litúrgico al Sagrado Corazón de Jesús fue 75 años después de que voló al cielo la humilde Religiosa de la Visitación, Santa Margarita María de Alacoque; y que al instituirse en la Iglesia aquel Culto litúrgico, con fiesta propia en honor del Divino Corazón, y con la intención y deseo de Clemente XIII de que comenzándose entonces a dar Culto público al Corazón del Redentor, y pasase ya este Culto a las costumbres y usos de toda la Iglesia, con peculiares ritos, apropiados a la grandeza del objeto; fue recibida aquella institución no solamente por el Rey, Prelados y fieles de Polonia, y por los socios de la Archicofradía romana, que lo habían solicitado, sino también fue celebrada por las Religiosas de la Orden de la Visitación, por toda la alma Urbe de Roma, por los Obispos y la Reina de la noble Nación de Francia, y por los Superiores y Religiosos de la Compañía de Jesús; y de tal manera que, a partir de aquellas solemnes fechas, se extendió la misma celebración litúrgica, y en breve espacio de tiempo, a casi toda la Iglesia universal; y con ello se produjeron conspicuos frutos de santidad en las almas de los fieles.

b) Se goza, además, el Papa, y dice que no sin gran satisfacción de su alma, de que aquel gran acontecimiento, ya dos veces secular, no haya pasado por alto, sino que hace tiempo se esté preparando su jubilosa celebración en diversos sitios de la Cristiandad, y de un modo especial en la Diócesis de Autún, en cuya demarcación está la pequeña población de Paray-le-Monial; y todavía más principalmente en el agosto templo, allí erigido, y al que acuden piadosas multitudes de peregrinos, para venerar el lugar sagrado, donde, como se cree, fueron tan maravillosamente manifestados los secretos misterios del Corazón de Jesús, y de donde manaron al universo orbe de la Iglesia.

c) Tras esto, la recomendación ardiente del Sumo Pontífice para que esta conmemoración dos veces secular se celebre dignamente en toda la Iglesia. Oigamos sus mismas palabras: "Así pues, nuestros deseos y nuestra voluntad son éstos: que, al ofrecérsenos esta oportunidad, se celebre con digno recuerdo por todos vosotros, Venerables Hermanos, los Obispos de la Iglesia de Dios, y por el pueblo todo que os ha sido confiado, la conmemoración de la institución de esta Fiesta, poniéndola en buena luz con apropiada manera; y esto, ya sea explicando más profunda y plenamente a las varias clases de todos los fieles los sólidos e íntimos artículos capitales de la sagrada doctrina que declara *los infinitos tesoros de amor* del Sacratísimo Corazón; ya sea ordenando peculiares ritos o funciones, con los cuales se fomente más y mas la piedad hacia este Culto, que se ha de tener en máxima estima; y todo, con el designio de que todos los fieles de Cristo, movidos por un nuevo espíritu, tributen el debido honor a aquel Divino Corazón; expíen los pecados de todo género con obsequios de reparación, que sean cada vez más encendidos; y acomoden toda su norma de vida a aquella genuina caridad, que es la plenitud de la Ley (Cfr. Rom., 13, 10)".

2.º Doctrina de la Carta Apostólica

Ya en sus mismos comienzos, y con palabras de San Pablo, entra de lleno el Papa en materia; o, por mejor decir, nos descubre lo que lleva en lo íntimo de su alma. Se apropia las enseñanzas del gran Apóstol, y nos las presenta en breve alusión, que se puede desarrollar en esta forma: a) todos los más grandes bienes nos han venido por Cristo; los bienes, digo, de la gracia y de la gloria; y aun todo lo que con ellos se relaciona, y constituye nuestra grandeza y nuestra dicha verdadera, para nuestra presente vida temporal, y para nuestra futura vida eterna; pues son los bienes de nuestra salvación y santificación; los que nos llevan y acercan a Dios, y nos unen con El como nuestro último fin sobrenatural; b) estos bienes los compara San Pablo, para que mejor los entendamos, y más los estimemos, a lo que los hombres tenemos en más estima y más anhelosamente buscamos en esta vida: las riquezas, los tesoros materiales, pues con ellos pensamos obtener todo lo que pertenece al bienestar, comodidad, esplendor y satisfacciones de nuestra vida terrena. Los bienes, pues, que Cristo nos trajo los compara repetidísimas veces San Pablo a esas riquezas y tesoros de la tierra; pero haciéndonos ver que las riquezas y tesoros espirituales que tenemos por Cristo y en Cristo son de un precio y valor incomparablemente mayor que toda riqueza y tesoro terreno; y c) estas "inescrutables riquezas de Cristo" (Eph., 3, 8), o, según la fuerza del texto original, riquezas "imposibles de rastrear", han brotado para nosotros del Costado abierto del Divino Redentor, cuando el mismo Cristo, muriendo en la Cruz, reconcilió con el Padre a todo el género humano; y ah sido precisamente el creciente y progresivo Culto rendido al Santísimo Corazón de Jesús, el que en estos últimos tiempos ha puesto en tan clara luz aquellas divinas riquezas de Cristo, iluminándolas con tan esplendentes fulgores, que de ahí han promanado gozosísimos frutos, cada vez más maduros, para gran utilidad y provecho de la Iglesia.

Y decididamente se refiere Paulo VI al Culto del Sagrado Corazón, y sin velos ni atenuaciones, en su forma más completa y perfecta; es decir, según los planes y la voluntad claramente expuesta por el mismo Divino Redentor en sus manifestaciones a Santa Margarita María. Dice así:

"Porque después que el misericordiosísimo Salvador, como hemos recibido por tradición, mostrándose para ser contemplado por su escogida Religiosa Margarita María de Alacoque, en el pueblo llamado en lengua vulgar Paray-le-Monial, le pidió que todos los hombres a porfía y con públicas preces o suplicas diesen Culto a su Corazón, 'herido por amor a nosotros'; y le instó a que por todos medios le reparasen las injurias que se le infligen; entonces fue cuando el obsequio de la devoción para con el Corazón Sagrado, que ya antes acá y allá había sido practicado por obra e impulso de San Juan Eudes, floreció por manera ciertamente maravillosa entre el Clero y el pueblo cristiano, y penetró por casi todas las regiones de los varios Continentes."

Todavía se adentra más el Papa en la esencia íntima y en los frutos ubérrimos de este Culto, cuando, después de haber recomendado, según antes tenemos dicho, la digna celebración de este segundo centenario de la institución de la fiesta litúrgica del Sagrado Corazón, nos dice:

"Pues siendo así que el Santísimo Corazón de Jesús, 'horno ardiente de caridad', es el símbolo y la imagen expresiva de aquel eterno amor por el cual "así amó Dios al mundo, que le dio su Hijo Unigénito" (Io., 3, 16); tenemos por cierto que tales religiosas conmemoraciones contribuirán muchísimo a que las riquezas del divino amor sean íntimamente escrutadas y entendidas; y juntamente confiamos que todos los fieles sacarán de ahí fuerzas cada vez más poderosas para conformar valerosamente la vida con el Evangelio; para enmendar diligentemente sus costumbres; y para llevar en efecto a la práctica los preceptos de la Ley del Señor".

Sube aún más alto el pensamiento del Papa, al enlazar, como no podía ser menos, y como ya lo habían hecho sus preclaros antecesores, el Culto del Sagrado Corazón con la participación

de la Eucaristía; lo cual es tanto más importante, cuanto con más encarecimiento nos lleva ahora la Santa Madre Iglesia a participar de los Misterios Eucarísticos, como centro que son de toda la Sagrada Liturgia, fuente de toda virtud y santidad, y centro también de toda la vida cristiana. Oigamos el breve y sustancioso párrafo del Papa:

"Pero deseamos que principalmente y ante todo sea el Santísimo Corazón de Jesús, cuyo preclarísimo don es la Eucaristía, al que se le tribute más intenso Culto por la participación del augusto Sacramento. Y esto, porque en el Sacrificio de la Eucaristía es el mismo Salvador nuestro el que se inmola como víctima y es recibido como alimento; el 'siempre viviente para interceder en favor de nosotros' (Hebr., 7, 25); aquél cuyo Corazón fue abierto por la lanza del soldado, y derramó sobre el género humano el raudal de su preciosa Sangre, mezclada con agua; y, además, en este preeminente vértice y como centró de todos los Sacramentos, 'es gustada la dulzura espiritual en su misma fuente, y se recuerda la memoria de aquella excelentísima caridad que Cristo demostró en su Pasión' (S. Th. Aq., Opúsc. 57). Por todo lo cual, y para valernos de las palabras de San Juan Damasceno, es de todo punto necesario' que nos acerquemos a él con ardiente afán..., para que el fuego de nuestro deseo, recibiendo el ardor de la brasa encendida, queme nuestros pecados e ilumine nuestros corazones; y así, de tal manera nos inflamemos con el contacto habitual del fuego divino, que salgamos como endiosados' (De Fide orth., 4, 3)".

Ya sabemos, pues, en estos tiempos en que, por dicha nuestra, se promueve con tanto empeño y eficacia la participación activa, ferviente y fructuosa de la Santísima Eucaristía, Sacrificio y Sacramento, cuál será nuestra mejor y más prácticamente provechosa participación de los augustos Misterios de la Santa Misa. Nos lo enseña el Papa Paulo VI con palabras inequívocas y encendidas. En la misma Misa, al tomar parte en el Sacrificio y al recibir el Sacramento; y aun siempre que adoramos y visitamos a Cristo, sacramentalmente presente, en estado de víctima, en el Sagrario o en la Custodia, levantemos el alma al Corazón del Señor; pongamos en El los ojos de nuestro espíritu; pensemos en su inmenso amor, divino y humano, expresado en su Corazón traspasado; recordemos la soberana y perfectísima caridad con que voluntariamente se nos dio, entregándose a la Pasión y Muerte de Cruz por nuestro amor; y veamos en la Eucaristía el más excelso y precioso regalo del amor de su Corazón.

Quien estando tibio o frío, o quizá helado y como aterido, se acerca al fuego, ¿no es verdad que se entona, se reanima, se calienta, se enciende? Nos lamentamos, y con sobrada razón, no tan sólo de nuestros pecados, sino también de nuestras tibiezas y frialdades, de nuestra vida cristiana tantas veces lánguida, inactiva, desidiosa. Pues, ¿qué remedio mejor que acercarnos al fuego divino en que arde inflamado el Corazón de Cristo; es decir, acordarnos de ese amor con que fuimos redimidos y salvados, y del que mana para nosotros toda gracia; pensar en él; penetrar con la atenta consideración en las inefables muestras de ese amor, mayormente en la Pasión y en la Eucaristía; y así dejar nuestras tibiezas y frialdades, y encendernos en el verdadero amor de caridad?

3.º El Culto al Sagrado Corazón y el Concilio

Pero lo que quizá da más importancia a esta Carta Apostólica de Paulo VI, y le imprime la nota o carácter de máxima actualidad, es el nexo íntimo, la relación estrecha que el Papa establece entre el Culto al Sagrado Corazón de Jesús y el Concilio Vaticano II.

La ocasión no podía ser más propicia; el momento es solemne. Se ha terminado la Sesión 3.ª del Concilio; pronto se celebrará la 4.ª y última. Grande es la expectación de todos; muy vivo el anhelo de que la Iglesia entera quede plena e íntimamente renovada, principalmente en el verdadero espíritu interior, tanto de los Pastores como de los fieles, para que todos vivamos en la fe operante, en la esperanza firme y en la caridad verdadera que alienta en el Evangelio de Cristo.

Y cuando el Papa mira ya cercana la postrera y trascendental Sesión del Concilio, eleva por encima de todo su espíritu confiado al Corazón del Divino Redentor y amantísimo Fundador de la Iglesia, su Cabeza y todo su bien.

Empero al levantar sus ojos y ponerlos en el Corazón Divino, no pierde de vista la realidad que le rodea; se da cuenta de que entre algunos sectores ha decaído el Culto y Devoción al Sagrado Corazón, causa de nuestra salud; prefiere, sin embargo, no extenderse en esto; mas lo expresa con una acertada indicación, que en su brevedad y en su acento dolorido, vale más que emuchas palabras: "Este Culto del Sagrado Corazón —maerentes dicimus—, ha decaído entre algunos"; y este participio del verbo latino *maereo*, de difícil traducción, pues designa un estado de ánimo que es mezcla de tristeza, de dolor, de lamentación y de preocupación angustiosa, nos muestra el ánimo en verdad apenado y afligido del Papa por la triste realidad; es decir, que después de haber hablado y enseñado tan clara y expresamente sobre este Culto los Sumos Pontífices de nuestros tiempos modernos; después que han demostrado invictamente los solidísimos fundamentos escriturísticos, patristicos, históricos y litúrgicos del Culto y Devoción al Corazón de Nuestro Redentor; después de habernos presentado y recomendado esta gran forma de piedad como la esencia de la Religión Cristiana, y como la norma más segura, completa y eficaz de toda perfección según Cristo y su Evangelio; hay todavía quienes no dan su brazo a torcer; y con reticencias o desvíos, con actitudes de poca estima, con recelos, prejuicios y aun sofismas, tantas veces refutados por los Papas; y aun a veces con abierta oposición, se apartan del recto y clarísimo sentir de la Santa Iglesia, Madre y Maestra.

Ha preferido, repetimos, Paulo VI no extenderse en este punto; pero ha hecho a esta triste realidad una alusión que, en su acento dolorido es elocuentísima.

Mas no por eso decae el ánimo del Papa; todo lo contrario. Y pensando en la última etapa del Concilio, como tomando posiciones definitivas, dice al final de su intencionada y luminosa Carta Apostólica estas breves palabras:

"Por lo tanto esta razón (es decir, lo que nos ha dicho el Papa sobre la esencia del Culto al Sagrado Corazón, y su principal práctica en el Sacrificio y sacramento Eucarístico), Nos parece sumamente idónea para que el Culto al Sacratísimo Corazón reflorézca ahora, cada vez más, y sea considerado por todos como una egregia y muy recomendable forma de aquella verdadera piedad, que en este nuestro tiempo, y mayormente por las prescripciones del Concilio Vaticano II, se nos pide tengamos con grandísimo empeño para con Cristo Jesús, 'Rey y Centro de todos los corazones; que es la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia...', como que es el principio, primogénito de entre los muertos, para que en todas las cosas tenga El la primacía' (Col., 1, 18)".

Y fundándose Paulo VI en el mismo Concilio, añade: "Y puesto que el Sacrosanto Sínodo Ecuménico recomienda encarecidamente los piadosos ejercicios, o prácticas de piedad, del pueblo cristiano, principalmente cuando se hacen por mandato de la Sede Apostólica (Const. de Sac. Liturg., art. 13); esta práctica de piedad, *antes y más que todas las otras*, parece que debe ser inculcada, ya que como antes hemos advertido, consiste toda ella en adorar y en aplacar debidamente a Cristo Jesús, y está fundada principalísimamente en el Sacrosanto Misterio de la Eucaristía, por la cual, como por las demás acciones de la Sagrada Liturgia, 'se obtiene aquella santificación de los hombres en Cristo, y aquella glorificación de Dios, a la cual, como a su fin, tienden todas las otras obras de la Iglesia' (ibid., art. 10)".

Sigue, como final, la expresión del deseo que anima al Sumo Pontífice, de que las solemnidades que se celebren en este aniversario bisecular, conduzcan de singular manera a un perenne provecho de la vida cristiana. Tras esto, la deprecación de ubérrimos dones del Divino Redentor, con la Bendición Apostólica.

El mejor aliciente, el más sólido motivo y la más autorizada recomendación para que recibamos con ánimo dócil, y llevemos

resueltamente a la práctica lo que el Papa nos ha expresado en esta su magnífica Carta Apostólica, serán las palabras del del mismo Paulo VI, unos pocos días más tarde de la Carta, en su Alocución a los Párrocos y Cuaresmeros de Roma, el 1.º de marzo de este año.

Oigámosle: "Pensemos en la línea práctica, justa y que sea digna de la bendición de Dios y Nuestra, que hay que llevar en el pensamiento, en la conducta, en el ministerio pastoral, en la guía de las almas, en la predicación, en la acción social. Comprendemos bien las dificultades para trazar esta línea práctica en un momento como éste, que ve atacadas todas las posiciones por la insinuación o el asalto de una problemática que todo lo pone en duda, que todo lo somete a la crítica, que cree que se puede juzgar y cambiarlo todo. Pues bien, os diremos que sepáis estar abiertos al espíritu de renovación, que invade al mundo, y que penetra también en las normas eclesiásticas; pero sabed, también, defensores de las innovaciones arbitrarias, de la veleidad, del señuelo de la corriente de ideas hoy en boga, y no aprobadas por la Iglesia, ni precisamente confirmadas por la experiencia. Recordad: *por sus frutos los conoceréis*.

"Si en alguna ocasión tuvo razón de ser la obediencia en la vida de la Iglesia, y fue la fuente perenne de salvación y de merecimientos, nos parece que es éste el momento de descubrir sus motivos profundos y saludables; y de dar de ella el libre testimonio, viril y verdaderamente digno de quien quiere ser seguidor de Aquél que se hizo 'obediente hasta la muerte' (Phil., 2, 8). Tened confianza en la dirección de vuestros Superiores. También os repetiremos con San Pablo: 'Obedeced a vuestros Pastores, y estadles sujetos; que ellos velan sobre vuestras almas como quien ha de dar cuenta de ellas; para que lo hagan con alegría y sin gemidos; que esto sería para vosotros poco venturoso' (Hebr., 13, 17).

"Es decir: tened seguridad que la obediencia, que ha de florecer en todos los sectores de la Iglesia de Dios, no será ostentación soberbia ni superflua de autoridad; no será ilógica ni humillante; ni tampoco impuesta por un mundo despótico e irresponsable, ni constantiniano ni feudal, como hoy se suele decir; sino que partirá con evidencia cada vez mayor de un poder querido y procedente de Dios; poder bueno y fuerte para la transmisión de sus doctrinas y la edificación de la comunidad eclesial; para el ejercicio providencial y completo de la caridad pastoral; para liberar a las almas de sus dudas y debilidades; para elevar a los hijos de Dios a la conciencia de su dignidad y al ejercicio de sus respectivas responsabilidades; en fin, para la santificación común, de los que obedecen, de los que dirigen, de los que observan la delicadeza y vigor de las costumbres católicas' (Trad. de "Ecclesia", 13 de marzo, 19-65, págs. 8, 9).

Y ahora preguntamos: ¿qué excusa, qué pretexto puede aducirse para no obedecer a la Santa Iglesia Jerárquica, en lo que nos enseña y nos recomienda sobre el Culto al Sagrado Corazón de Jesucristo?

Hay quienes aducen una excusa; pero es enteramente vana; un pretexto; pero es infundado, vacío de sentido, y, además, cobarde; a saber, que la mentalidad moderna no va por ahí, no se aviene a ese Culto; y que, siendo esto así, no hay que oponerles a la mentalidad de nuestra época.

Cierto que hemos de tener en cuenta la mentalidad de los hombres entre quienes vivimos, y a los que deseamos llevar la luz y la fuerza del Evangelio. Muy en cuenta tuvo el gran Apóstol San Pablo la mentalidad de su tiempo; la de los judíos y la de los gentiles. Sabía muy bien que la Cruz de Jesucristo era para los judíos piedra de escándalo; una piedra en que tropezaban, sin pasar adelante en su camino; y que para los gentiles la Cruz del Redentor era una necedad, una estulticia, que ellos miraban con orgulloso desprecio, o se burlaban de ella con superficial y ligero estoicismo. Y sin embargo, San Pablo, profundo penetrador de esa mentalidad, no hizo peces con ella, sino que no se glorió de otra cosa que de predicar a Jesucristo, y a Jesucristo Crucificado; y esta mentalidad del Evangelio penetró como la levadura o fermento de la parábola de Jesús, hasta cambiar por completo y hacer sabrosa toda la masa.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

LA LLANÇADA

Jesús és mort. Dalt del Calvari, convertit en centre i altar del món, hi ha un silenci de capella del Sagrament. Escoltant bé sembla que se senti el panteix de la terra, o potser el panteix del cel perquè es indubtable que aquest Gòlgota és el centre de Cels y terra. I segurament els nou cors d'àngels han estat admesos a la adoració del Santíssim, i els grans cercles formats per milions d'àngels arriben fins als turons de Jerusalem.

El terratrèmol ha allunyat la gentada. El temporal de tenebres s'ha anat amansint i el cel es comença a aclarir. Des del Gòlgota el camí que mena a la muralla de la ciutat es veu de capa a cap quasi solitari. A la porta Judiciària, d'on surt el camí del Gòlgota, ha estat reforçada la guàrdia. Els soldats encarregats de mantenir l'ordre al Calvari ressegueixen silenciosos les esquerdes obertes a la roca viva pel terratrèmol. La roca que feia de pedestal als crucificats s'ha esberlat de dalt a baix, com encara es pot comprovar avui. Com un cop de mall, la Creu ha partit una roca duríssima com partirà cors humans.

Els grups que s'han quedat al peu del Calvari es van acostant com si avancessin cap a l'altar. Hi ha entre aquesta gent homes i dones que foren guarits per Jesús, els que presenciaren els grans miracles, els que l'havien sentit predicar, els homes de bona voluntat, les dones que el saludaren plorant en veure'l amb la creu al coll, els pacífics, els nets de cor sobretot. Hi ha gent de Betlem i gent de Natzaret que han vingut per a la Pasqua.

Dalt de la roca hi ha un silenci de capella de Sagrament, trencat només pels sanglots de la Verge Maria, pel gemegar de les seves amigues i de Sant Joan, plantats encara davant la Creu central. Sovin els espinguets dels dos lladres esquincen la fosca. Dos homes estan a les portes de la mort. Els lladres tremolen com tremolava suara el bon Jesús, como tremola la fulla a l'arbre, sovint una només, una entre mil, sense vent. És el tremolor que s'emporta els homes d'un a un. Ja s'acosten els qui han de trencar les cames als crucificats per tal

de precipitar llur mort o rematar-los. I a Jesús també li trencaren les cames, també el remataran?

Els romans trencaven les cames als bandits, potser perquè més por que las mans del lladre fan les cames que els porten a tot arreu. Però pels camins de Palestina, Jesús, com el Bon Samarità de la lliçó evangèlica, hi havia transitat només per al bé, per guarir malalts i perdonar pecadors. Però la llei jueva —lleï de bon gust— prescrivia en el Deuteronomi que el cos d'un penjat havia d'esser enterrat el mateix dia perquè el cadàver no passés dies i nits dalt del pal, devorat pels gossos i pels ocells salvatges. "Maledicció de Déu és un penjat —diu el Deuteronomi 21-23— i no has de polluir la terra que Jahvè, ton dèu, t'ha de donar en possessió". En el cas d'aquests tres crucificats una altra raó abonava que fossin rematats i sepultats: l'andemà era el dissapte de Pasqua, un gran dia aquest dissapte —diu San Joan—. Però aixó el jueus, que en aquest procés sembla que tinguin l'ambició d'acceptar les màximes responsabilitats, demanaren a Pilat que als tres crucificats els fossin trencades les cames accelerant així la mort per tal de poder retirar aviat llurs cadàvers. Pilat hi accedí.

Segurament menys turmentats que Jesús, els lladres encara vivien. L'un, al cual la tradició diu Dimas, ja és un sant. L'altre —Gestas li diem— continua blasfemant. I ara insulta el cadàver de Jesús. Quin mal li havia fet el bon Jesús? L'havia mirat amb aquella mirada que commogué la Magdalena, els apòtols Mateu, Pere, ... Judas. Gestas l'odia per instint perquè endevina que Jesús és Sant; l'odia mogut per la repugnància que el satanisme sentirà sempre envers Jesus. El mal lladre se n'anirà d'aquest món amb un pensament diabòlic; el mal pensament de veure que Jesús, coronat d'espines, ha patit més que ell. Dimas, confortat per l'absolució que li ha donat Jesús mateix, continua demanant perdó. Sap que l'esperit de Jesús és troba en l'esclat del seu realme i que l'espera. Per la gràcia de Déu, Dimas ha merescut tenir fe: creu en la immortalitat de l'ànima, en la rea-

LA LANZADA

Jesús ha muerto. En la cima del Calvario, convertida en centro y altar del mundo, hay un silencio de capilla de Sacramento. Escuchando bien parece que se sienta el latido de la tierra, o tal vez el latido del cielo, porque es indudable que este Gòlgota es el centro de cielos y tierra. Y seguramente los nueve coros de ángeles han sido admitidos a la adoración del Santísimo, y los grandes círculos formados por millones de ángeles llegan hasta las alturas de Jerusalén.

El terremoto ha alejado al gentío. El temporal de tinieblas se ha ido apaciguando y el cielo empieza a clarear. Desde el Gòlgota el camino que lleva a la muralla de la ciudad se ve casi todo él solitario. En la puerta Judiciaria, de la que parte el camino del Gòlgota, ha sido reforzada la guardia. Los soldados encargados de mantener el orden en el Calvario resiguen silenciosos las quebraduras abiertas en la roca viva por el terremoto.

La roca que servía de pedestal a los crucificados, se ha abierto de arriba abajo, como aún se puede comprobar en el día de hoy. Como con un golpe de martillo la Cruz ha partido una roca durísima como partirá el corazón de los humanos.

Los grupos que han quedado al pie del Calvario se han ido acercando como si avanzasen hacia el altar. Hay entre esta gente hombres y mujeres que fueron sanados por Jesús, los que presenciaron grandes milagros, los que le habían oído predicar, los hombres de buena voluntad, las mujeres que lo saludaron llorando al verlo con la cruz a cuestras, los pacíficos, los limpios de corazón especialmente. Hay gente de Belén y gente de Nazaret que han venido para la Pasqua.

En la cima de la roca hay un silencio de capilla de Sacramento, roto tan sólo por los sollozos de la Virgen María, por el gemido de sus amigas y de san Juan, de pie todavía ante la

litat d'un premi o un càstig a l'altre món, creu en la divinitat de Jesús, en el seu poder de perdonar els pecats i de redimir-nos. La Verge Maria l'ajuda a bé morir. La Verge Maria el mira i ell la mira. Remulls de llàgrimes, els ulls de Maria van del bon Jesús al bon Lladre i del bon Lladre al bon Jesús. Els ulls de la Mare de Déu dels Dolors i els del bandit es troven sempre. I la Mare de Déu sent que el bon Lladre estima el bon Jesús. Aquesta feina de ajudar a bé morir el bon Lladre sosté la Verge Maria. No té pas temps de desmaiarse ella que sempre fa de mare. Quina sort la del bon Lladre! Cap pecador no ha tingut tanta sort com aquest home. Quina bona mort la del bon Lladre! Mort mirant el Sant Crist que li mostra la Verge Maria. Dimas és com aquell de la paràbola de Jesús que havent arribat a la vinya a darrera hora cobrarà com els que hagin treballat de sol a sol, i pobres de nosaltres si en tinguéssim enveja. Dimas, el bon Lladre, és el primer pecador que davant l'espectacle de Jesús crucificat no n'haurà escàndol i creurà en la glòria de Jesús i de la seva creu. Molts savis d'aquest món no progressaran pas tant. Capaç com ningú de comprendre la creu, d'estima-la, la seva fe naixent no se n'ha escandalitzat. Convertit Jesús en el rebuig dels homes, Dimas l'ha vist el mes sant, el mes pur dels homes.

Vet aquí que vénen els soldats que amb cop d'estaca han de trencar les cames als crucificats. Arriben y trenquen les cames a un dels lladres i després les de l'altre. I en acostuar-se a Jesús constaten que és realment mort, detall que confirm que els dos lladres no havien mort encara. No li trencaren dons les cames perquè el Pare celestial no ho permetrà. Però un dels soldats li dona una llançada al pit i tot seguit en surt sang i aigua.

Som en un dels moments més emocionants de l'Evangeli. El deixeble que en el sopar d'anit s'havia dormit sobre el pit de Jesús, l'Evangeli Joan, que era al Calvari, dona compte d'aquest fet i diu solemnement: "El qui ho veié en dona testimoni, i el seu testimoni és veritable, i ell sap que diu veritat, per tal que nosaltres

creguem. Car aquestes coses s'han esdevingut a fi que s'acomplís l'Esriptura: 'Os d'ell no serà romput'. I una altra escriptura diu encara: 'Miraran vers aquell que traspasaren'."

S'han complert doncs en un moment dues profecies més. Estava manat en el llibre de l'Èxode (XII, 46) i en el dels Nombres (IX, 12) que a l'anyell pascual, que era una figura de Jesús, no és podia rompre cap os. I el profeta Zacarias (XII, 10-11) que com David havia contemplat em esperit la mort del Fill de Déu, havia escrit:

I vessaré sobre la casa de David
i sobre els habitants de Jerusalem
l'esperit de gràcia i de pregàries

I em miraran a mi, el que traspasaren,
i ploraran sobre ell,
com es plora el fill únic,
i s'endolaran per ell, com si fos el primogenit.

En aquell dia ni haurà grans plors a Jerusalem,
com els plors d'Adrademon a la vall de Maggeddo.

El Pare celestial no permetia que l'Anyell de Déu, a l'Anyell de la nova Pasqua, li trenquessin cap os. L'ha abandonat a tots els sofriments, però el trencament d'ossos, un cop mort, no hauria tingut cap sentit. Doncs per què ha permès la llançada? L'ha permesa per necessitat, perquè un cop acomplert el sacrifici aparegués l'autor de tanta generositat i el cor de Jesús digués la darrera paraula y rebés el nostre homenatge. No hi havia holocaust possible per a redimir el pecat i Jesús digué al seu Pare Celestial: "Ací em teniu!" La llançada y la sang del cort és la signatura que Jesús possa al final de la seva vida. Aquest vessament de sang prova que no hem estat tractats segons els nostres pecats, ni castigats en proporció a les nostres culpes. "Dolç Anyell —preguntà Santa Caterina de Siena a Jesús—, per què heu volgut que el vostre cor fos obert a la creu? —Per fer comprendre als homes —li respongué Jesús— que el meu amor és més gran que tots els signes que n'he donat:

cruz central. Con frecuencia gritos de los dos ladrones desgarran las tinieblas. Dos hombres están a las puertas de la muerte. Los ladrones tiemblan como temblaba hace poco Jesús, como tiembla la hoja en el árbol, a veces una sola, una entre mil, sin que la agite el viento. Es el temblor que se lleva a los hombres uno a uno. Ya se acercan los que han de quebrar las piernas a los crucificados para precipitar su muerte o para rematarlos. Y a Jesús ¿también le quebrarán las piernas, también le rematarán?

Los romanos quebraban las piernas a los bandidos, tal vez porque más que las manos del ladrón hacen las piernas que los llevan por todas partes. Pero por los caminos de Palestina, Jesús, como el buen samaritano de la lección evangélica, había transitado sólo para el bien, para curar enfermos y perdonar pecadores. Pero la ley judía —ley de buen gusto— prescribía en el Deuteronomio que el cuerpo de un ajusticiado había de enterrarlo el mismo día porque el cadáver no pasara días y noches en el palo, devorado por los perros y pájaros salvajes. "Maldición de Dios es un ajusticiado —dice el Deuteronomio, 21-23— y no ha

de mancillar la tierra que Jahvé, tu Dios, te ha de dar en posesión". En el caso de estos tres crucificados otra razón abonaba que fuesen rematados y sepultados: al día siguiente era sábado de Pascua, un gran día este sábado —dice san Juan—. Por eso los judíos, que en este proceso parece que tengan la ambición de aceptar las máximas responsabilidades, pidieron a Pilato que a los tres crucificados les fuesen quebradas las piernas acelerando así la muerte para poder retirar pronto sus cadáveres. Pilato accedió.

Seguramente menos atormentados que Jesús, los ladrones aún vivían. Uno, al que la tradición llama Dimas, ya es santo. Otro —Gestas le llaman— continúa blasfemando. Y ahora insulta al cadáver de Jesús. ¿Qué mal le había hecho el buen Jesús? Le había mirado con aquella mirada que conmovió a la Magdalena, al apóstol Mateo, a Pedro, y ... a Judas. Gestas le odia por instinto porque adivina que Jesús es Santo; le odia movido por la repugnancia que el satanismo sentirá siempre hacia Jesús. El mal ladrón se irá de este mundo con un pensamiento diabólico; el mal pensamiento de ver que Jesús, coronado de espinas, ha

els meus sofriments tenien límits; el meu amor no en té pas". En contemplar el pit traspasat de Jesús bo és recordar la graciosa frase del Cardenal Casañas en un apart a donya Carme de Sojo d'Anguera: "Quin Jesús tan Jesús el bon Jesús!"

"Miraran vers aquell que traspassaren". El drama-tisme emprat per Sant Joan en contar aquest episodi fa pensar que la llançada causà estupor al Calvari. Com mirarien aquella xarbotada de sang la Verge Maria i Sant Joan, la Magdalena i les amigues de la Mare de Déu! Devia haver-hi grans plors al Calvari, com els plors del poble d'Israel a la vall de Maggedo en morir el rei Josias i en emportar-se'l cap a Jerusalem a sepultar-lo

En el moment de l'esglai, la Verge Maria i els seus acompanyants de tan mirar no poden plorar. De la divinitat de Jesús, no s'en veu ni rastre. Tal com David havia vist en esperit aquesta escena. Jesús mort a la creu semblava més un verm que un home, l'escarnot dels homes i el rebuig del poble. El cap s'ha inclinat sobre el pit i s'han arronsat els genolls com si aquest Jesús baixés ja a la fossa. La cabellera y la corona són un garbuix de sang. Una espina —tal com es veu encara en el Sant Sudari de Torí— dibuixà un reguero de sang fins a la cella. Té la galta esquerra inflada per un cop de puny. Les llàgrimes s'han obert un camí net de sang que gira pels vadius del nas fins al bigoti. Del front, les mans, els peus i el pit degota sang.

Mireu el que traspassaren! Si el Centurió y el bon lladre, si les tenebres i el terratrèmol no l'haguessin confesat Fill de Déu, es podria dir que res del que pugui amagar la divinitat de Jesús no manca en aquest

Calvari d'ignomínia. (...) Qui ho diria que aquest Jesús és Fill de Dau! Però la Verge Maria ho sap de cert. I Sant Joan pensa en el seu secret, el secret de la Transfiguració. Ell, el seu germà Jaume i Pere veieren la glòria de Jesús transfigurat al Tabor. El rostre d'aquest Jesús, ara ple de blaus i nafres, cobert d'esco-pinades i mosques, era com el sol i els seus vestits resplendien com la neu. Però de tot això Jesús el prohibí de dir-ne res a ningú fins que el Fill de l'home hagués ressuscitat d'entre els morts. Joan no oblidan el Tabor mente visqui, i qui ha vis la glòria de la Transfiguració pot, en aquest Calvari, tenir fe en la ressurrecció.

L'Església venera com a sant l'autor de la llançada, l'home que traspasà el pit y el Cor de Jesús. Li diu Longinos, nom que vol dir: l'home de la llança. La tradició diu que durant vuit anys féu penitència entre els ermitans de Cesarea i que per la fe de Crist fou decapitat. Al peu d'una de les quatre pilastres que sostenen la cúpula del Vaticà hi ha Sant Longinos amb la llança a la mà. Quina caritat la de Jesús i de l'Església! Els mèrits de Jesús funcionaven al Calvari mateix. La vident Anna Caterina Emmerich diu que Longinos era un oficial romà de vint-i-cinc anys. Era la riota dels soldast perquè, presumit com era, tenia els ulls llagrimosos. Segons la tradició una esquitxada de la sang que sortí del costat de Jesús va guarir els ulls de Longinos, els del cos y els de l'esperit. Diu Anna Caterina Emmerich que Longinos dirigí ràpidament el seu cavall entre la creu de Jesús i la del bon lladre i agafant la llança amb las dues mans l'enfonsà amb tanta força en el costat dret que la punta travessà el cor y arribà fins

padecido más que él. Dimas, confortado por la absolución que le ha dado Jesús mismo, continúa pidiendo perdón. Sabe que el espíritu de Jesús se encuentra en el esplendor de su reino y que le espera. Por la gracia de Dios, Dimas ha merecido tener fe: cree en la inmortalidad del alma, en la realidad de un premio o un castigo en el otro mundo, cree en la divinidad de Jesús, en su poder de perdonar los pecados y de redimirnos. La Virgen María le ayuda a bien morir. La Virgen María le mira y él la mira. Humedad de lágrimas, los ojos de María van del buen Jesús al buen ladrón, y del buen ladrón al buen Jesús. Los ojos de la Madre de Dios de los Dolores y los del bandido se encuentran siempre. Y la Madre de Dios siente que el buen ladrón ama al buen Jesús. Este trabajo de ayudar a bien morir al buen ladrón sostiene a la Virgen María. No tiene tiempo de desanimarse ella que siempre hace de madre. ¡Qué suerte la del buen ladrón! Ningún pecador ha tenido tanta suerte como este hombre. ¡Qué buena muerte la del buen ladrón! Muere mirando al Santo Cristo que le muestra la Virgen María. Dimas es como aquel de la parábola de Jesús que habiendo llegado a la viña a última hora cobrará como los que habían trabajado de sol a sol, y ¡pobres de nosotros si tuviéramos envidia! Dimas, el buen ladrón, es el primer pecador que ante el espectáculo de Jesús crucificado no se escandalizará y creará en la gloria de Jesús y de su cruz. Muchos sabios de este mundo no progresarán tanto. Capaz, como nadie, de comprender la cruz y de amarla, su fe naciente no se ha escandalizado. Convertido Jesús en el oprobio de los hombres, Dimas lo ha visto el más santo, el más puro de los hombres.

He aquí que vienen los soldados que a golpes de estaca han de quebrar las piernas a los crucificados. Llegan y quiebran las piernas de uno de los ladrones y después la del otro. Al acer-

carse a Jesús, comprueban que ya está realmente muerto, detalle que confirma que los dos ladrones no habían muerto todavía. No le quebrarán, pues, las piernas porque el Padre celestial no lo permitirá. Pero uno de los soldados le da una lanzada en el pecho y en seguida sale sangre y agua.

Estamos en uno de los momentos más emocionantes del Evangelio. El discípulo que en la cena de anoche se había dormido sobre el pecho de Jesús, el Evangelista Juan, que estaba en el Calvario, da cuenta de este hecho y dice solemnemente: "El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que nosotros creamos. Pues estas cosas han sucedido a fin de que se cumpliera la escritura 'no se le romperá ningún hueso'. Y dice aún la Escritura: 'Mirarán al que traspasaron'."

Se han cumplido, pues, en un momento dos profecías más. Estaba mandado en el libro del Éxodo (XII, 46) y en el de los Números (IX, 12) que al cordero pascual, que era una figura de Jesús, no se podía romper ningún hueso. Y el profeta Zacarías (XII, 10-11), que como David había contemplado en espíritu la muerte del Hijo de Dios, había escrito:

Y derramaré sobre la casa de David
y sobre los habitantes de Jerusalén
el espíritu de gracia y de oración.

Y mirarán a mí, al que traspasaron,
y llorarán sobre él
como se llora al hijo único

y se vestirán de luto por él, como si fuera el primogénito.
En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén,
como el llanto de Adrademon en el valle de Maggedo.

prop de les costelles de l'esquerra. Beneïda ferida! Per ella han passat la llança i el llançer.

L'examen del Sant Sudari de Tori ens ofereix una interessantíssima informació sobre la llançada. Cal no oblidar que parlant del Sant Sudari el Papa Pius XI digué que "és un object sagrat com potser no n'hi hagi cap més al món". El llibre de Legrand "La passion selon le Saint Sudaire", que resumeix tota la bibliografia sobre la qüestió, demostra que la llançada, clavada a part dreta de Jesús, va passar sobre la sisena costella, per cinquè espai intercostal, penetrant obliquament. Travessant després una regió del pulmó dret y el pericardi, que embolcalla el cor com en un sac, arribà al verticle dret, després d'un trajecte de vuit centímetres. Fa remarcar el doctor Barbet que la parte del cort que desborda l'èstèrnum, cap a la dreta, és el ventricle dret. En als cadàvers, aquest ventricle és ple de sang líquida. Si la llançada hagués vingut de l'esquerra hauria foradat el ventricle esquerre, buit després de la mort. L'aigua de què parla Sant Joan era el biudament del líquid format dins el pericardi durant l'agonia. Té l'aspecte d'aigua. Com ens interessa tot això fins els més mínims detalls! No crec pas excedir-me en aquest capítol. Molt justament Sant Pau, en una lletra als cristians d'Efes que l'Església rellegeix en la missa del Sagrat Cor, diu que ens cal "comprendre amb tots els sants quina és l'amplada, i la llargada, i la fondària i l'alçada" de la caritat de Crist, "caritat que sobrepuja al coneixement" (III, 17-18). Sembla talment com si el convertit de Damasc contemplés la ferida del Cor de Jesús.

Hi ha cinc ferides inesborrables en el cos de Jesús. Ni la resurrecció no les clourà. Les de les mans y els peus han estar obertes al Calvari, però la del cor li ha fet mal tota la vida. Des de Getsemani aquest cor ha estat rossegat per mastins. Era natural doncs que esclatés un dia o altre.

El Padre celestial no permitía que al Cordero de Dios, al Cordero de la nueva Pascua, le rompieran ningún hueso. Le ha abandonado a todos los sufrimientos, pero el quebrantamiento de huesos, una vez muerto, no habría tenido ningún sentido. Entonces, ¿por qué permitió la lanzada? La permitió por necesidad, para que una vez cumplido el sacrificio apareciera el autor de tanta generosidad y el Corazón de Jesús dijera la última palabra y recibiera nuestro homenaje. No había holocausto posible para redimir el pecado y Jesús dijo a su Padre celestial "¡Aquí me tenéis!". La lanzada y la sangre del corazón es la firma que Jesús pone al final de su vida. Este derramamiento de sangre prueba que no hemos sido tratados según nuestros pecados, ni castigados en proporción a nuestras culpas. "Dulce Cordero —preguntó Santa Catalina de Siena a Jesús—, ¿por qué habéis querido que vuestro Corazón fuese abierto en la cruz? —Para hacer comprender a los hombres —le contestó Jesús— que mi amor es más grande que todos los signos que he dado: mis sufrimientos tenían límites; mi amor no los tiene". Al contemplar el pecho traspasado de Jesús, está bien recordar la graciosa frase del Cardenal Casañas en un aparte a doña Carmen de Sojo de Anguera: "Qué Jesús tan Jesús el buen Jesús".

"Mirarán al que traspasaron". El dramatismo adoptado por San Juan al contar este episodio hace pensar que la lanzada causó estupor en el Calvario. ¡Cómo mirarían brotar aquella

La ferida d'aquest pit transpassat es veu de lluny. Des de el peu de la roca del Calvari es veu encesa. En el Sant Sudari la reguera de sang fa quinze centímetres. Després de fer aquest camí regalimava per terra perquè la terra, profanada per la sang de tans crims, també n'hi calia com als homes.

Ferida pòstuma que, havent fet mal toda la vida, espera florir sobre el cadàver. Rosa de sang, condecoració de valor heroic, atorgada pel Pare Celestial a títol pòstum. Rosa immarcescible, roentíssima, que Jesús resuscitat exhibirà dignament a Tomàs i als altres deixebles com s'exhibeix una condecoració única. Totes les condecoracions nostres d'or i brillants deuen tenir un origen cristià i port ser s'han inspirat en aquesta. Les colloquen al pit, cap a l'esquerra, ben aprop del cor, com a penyora d'heroisme i noblesa. A Jesús aquesta condecoració li fou concedida per haver estat obedient fins a la mort, mort de creu.

Sang i aigua en el pit de Jesús. Sang i aigua, símbols dels sacraments dels quals Jesús es la font. Aigua del baptisme, Sang de l'Eucaristia. Vet aquí per què Sant Tomàs diu que els sacraments són relíquies de la Passió. Del costat d'Adam eixí Eva, la nostra mare segons la carn; del costat de Jesús, el nou Adam, sortí l'Església, la nostra mare espiritual.

La devoció al Sagrat Cor de Jesús té per objecte material el cor de carn de Jesús i per objecte formal l'amor immens d'aquest Cor envers tots, absolutament tots els homes. Encara que la imatge del Crucifix pugui satisfer la nostra devoció al Sagrat Cor de Jesús, modernament hi ha les imatges dites del Sagrat Cor representat Jesús, dret o assegut en un tron com a Rei, en actitud de mostrar-nos el seu Cor. Recorden aquestes imatges l'aparició de Jesús a Santa Margarida Maria d'Alacoque ocorreguda el dia 16 de jny de 1675, el diumenge després de Corpus. Presentat el seu Cor a la

sangre la Virgen María y San Juan, la Magdalena y las amigas de la Madre de Dios! Debía haber gran llanto en el Calvario, como el llanto del pueblo de Israel en el valle de Maggedo al morir el rey Josías y ser llevado a Jerusalén para enterrarlo.

En el momento de espanto la Virgen María y sus acompañantes de tanto mirar no pueden llorar. De la dividad de Jesús no se ve ni rastro. Tal como David había visto en espíritu esta escena. Jesús muerto en la cruz parecía más un gusano que un hombre, el escarnio de los hombres, el desecho del pueblo. La cabeza se ha inclinado sobre el pecho, se han contraído las rodillas como si este Jesús bajase ya a la fosa. La cabellera y la corona son un entresijo de sangre. Una espina —como se ve aún en el Santo Sudario de Turín— dibuja un reguero de sangre hasta la ceja. Tiene la mejilla izquierda hinchada por un puñetazo. Las lágrimas se han abierto un camino limpiándolo de sangre que va por el lado de la nariz hasta el bigote. De la frente, de las manos, de los pies, del pecho gotea sangre.

¡Mirad al que traspasaron! Si el Centurión y el buen ladrón, si las tinieblas y el terremoto no lo hubieran confesado Hijo de Dios, se podría decir que nada de lo que pudiera esconder la divinidad falta en este Calvario de ignominia (...) ¿Quién lo diría que éste es el Hijo de Dios? Pero la Virgen María lo sabe seguro. Y san Juan piensa en su secreto, el secreto de la Transfiguración. Él, su hermano Jaime y Pedro vieron la gloria de Jesús transfigurado en el Tabor. El rostro de este Jesús, ahora

santa salesiana Jesús li demanà que fes instituir una festa del Sagrat Cor el divendres que segueix a l'octava de Corpus.

En veure un Sant Crist mort, instintivament contemplen la llançada. I veient la sang pensem en el Cor que l'ha vessada. I oint missa, quan el sacerdot alça el calze pensem en aquest Cor. Hi ha una jaculàtoria famosa que diu: "Cor Jesu sacratissimum, mirere nobis", Cor Sacratíssim de Jesús, tingueu pietat de nosaltres. Potser en cap altra ocasió no seria tan oportú de dir-la com en veure alçar el calze. En adorar la sang vessada per nosaltres sembla natural demanar pietat al Cor que l'ha oferta.

En la literatura mística y particularment en las lletanies del Sagrat Cor, aquest Cor de Jesús, Fill del Etern Pare, format per l'Esperit Sant en les entranyes de la Verge Maria, unit substancialment al Verb de Déu, és temple y santuari del Altíssim, Casa de Déu, porta del cel, fornal ardent de caritat, abisme de totes las virtuts, rei de tots els cors, centre de tots els tresors de la saviesa i la ciència, de la plenitud del qual tots havem participat. Cor de Jesús on habita la plenitud de la divinitat, en què el Padre s'ha complagut, el desitjat de

les muntanyes eterne,s font de vida i santedad, amarat d'oprobis, vida nostra i ressurrecció nostra, delícia de tots els sants, esperança dels qui en Vos morent; Cor foradat per una llança, obediend fins a la mort, tingueu pietat de nosaltres —diuen les lletanies.

Molt abans d'instituir-se la festa del Sagrat Cor existia una literatura i àdhuc una iconografia d'aquesta devoció. De sempre les ànimes delicades s'havien refugiat en la ferida d'aquest Cor veient-lo com la porta, el jardí, el paradís de delícies retrobat, l'únic possible en aquest món. En Ell realment hi cap tothom. Milions d'homes s'han amagat en el fons d'aquest Cor i s'hi han passat la vida trobant-hi la força tan en ordre a la contemplació com al treball. Per a milions de grans pecadors que no han pas fet de la seva vida una obra d'art sinó una catàstrofe, aquest Cor llamejant de caritat ha estat, com per a Dimas el bon lladre, el far, el port i l'asil a l'hora de la mort. Es pot ben dir que no hi ha cap de las metàfores usuals en el llenguatge tan exactes i nobles com aquestes.

MANUEL BRUNET

(Fragmento de Pàgines de la vida de Jesucrist)

lleno de heridas y cardenales, cubierto de salivazos y moscas, era como el sol, y sus vestidos resplandecian como la nieve. Pero de todo esto Jesús les prohibió decir nada a nadie hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de entre los muertos. Juan no olvidó el Tabor mientras vivió, y el que ha visto la gloria de la Transfiguración puede, en este Calvario, tener fe en la resurrección.

La Iglesia venera como a santo al autor de la lanzada, al hombre que traspasó el pecho y el Corazón de Jesús. Le llama Longinos, nombre que quiere decir: hombre de la lanza. La tradición dice que durante ocho años hizo penitencia entre los heremitas de Cesarea y que por la fe de Cristo fue decapitado. Al pie de uno de los cuatro pilares que sostienen la cúpula del Vaticano está san Longinos con la lanza. ¡Qué caridad la de Jesús y la de la Iglesia! Los méritos de Jesús funcionaban en el mismo calvario. La vidente Anna Catalina Emmerich dice que Longinos era un oficial romano de veinticinco años. Era la burla de los soldados, porque vanidoso como era, tenía los ojos lagrimosos. Según la tradición, la salpicadura de una gota de la sangre que salió del costado de Jesús curó los ojos de Longinos y los ojos de su espíritu. Dice Anna Catalina Emmerich que Longinos dirigió rápidamente su caballo entre la cruz de Jesús y la del buen ladrón y cogiendo la lanza con las dos manos la hundió con tanta fuerza en el costado derecho de Jesús que la punta atravesó el corazón hasta cerca de las costillas de la izquierda. ¡Bendita herida! Por ella han pasado la lanza y el lancero.

El examen del Santo Sudario de Turín ofrece una interesantísima información sobre la lanzada. Es preciso no olvidar que hablando del Santo Sudario el Papa Pío XI dijo que "es un objeto sagrado como tal vez no haya otro en el mundo". El libro de Legrand "La Passion selon le Saint Sudaire", que resume toda la bibliografía sobre la cuestión, demuestra que la lanzada clavada en la parte derecha de Jesús, pasó sobre la sexta costilla, por el quinto espacio intercostal, penetrando oblicuamente. Atravesando después una región del pulmón derecho y el pericardio, que envuelve el corazón como en un saco, llegó al ventrículo derecho, después de un trayecto de ocho centímetros. Hace resaltar el doctor Barbet que la parte del corazón que desborda el esternón hacia la derecha es el ventrículo derecho. En los cadáveres este ventrículo está lleno de sangre líquida. Si la lanzada

hubiera venido de la izquierda hubiera horadado el ventrículo izquierdo, vacío después de la muerte. El agua de que habla san Juan era la formada en el pericardio durante la agonía. Tiene el aspecto de agua. ¡Cómo nos interesa todo esto hasta en sus más mínimos detalles! No creo excederme en este capítulo. Muy justamente san Pablo, es una carta a los cristianos de Éfeso que la Iglesia pone en la misa del Sagrado Corazón, dice que es preciso "comprender con todos los santos cuál es la anchura y la largura, el fondo y la altura de la caridad de Cristo, caridad que sobrepaja a todo conocimiento" (III, 17-18). Parece talmente como si el convertido de Damasco contemplara el Corazón de Jesús.

Hay cinco heridas imborrables en el Cuerpo de Jesús. Ni la resurrección las cerrará. Las de las manos y los pies han sido abiertas en el Calvario, la del Corazón le ha dolido toda la vida. Desde Getsemaní este Corazón es como si fuera roído por mastines. Era natural que estallara un día u otro.

La herida de este pecho traspasado se ve de lejos. Desde el pie de la roca del Calvario se ve encendida. En el Santo Sudario el reguero de sangre tiene quince centímetros, después de hacer este camino goteaba hasta la tierra porque la tierra, profanada por la sangre de tantos crímenes, también la necesitaba como los hombres.

Herida póstuma, que habiendo dolido toda la vida, espera florecer sobre el cadáver. Rosa de sangre, condecoración de valor heroico, otorgada por el Padre celestial a título póstumo. Rosa inmarcesible, ardentísima, que Jesús resucitado exhibirá dignamente a Tomás y a los otros discípulos como se exhibe una condecoración única. Todas las condecoraciones nuestras de oro y brillantes deben tener un origen cristiano y puede ser que se hayan inspirado en ésta. Las colocamos en el pecho, hacia la izquierda, bien cerca del corazón, como prenda de heroísmo y de nobleza. A Jesús esta condecoración le fue concedida por haber sido obediente hasta la muerte, muerte de cruz.

Sangre y agua en el pecho de Jesús. Sangre y agua, símbolo de los Sacramentos de los cuales Jesús es la fuente. Agua del bautismo, Sangre de la Eucaristía. He aquí por qué Santo Tomás dice que los Sacramentos son reliquias de la Pasión. Del costado de Adán salió Eva, nuestra madre según la carne; del costado de Jesús, el nuevo Adán, salió la Iglesia, nuestra madre espiritual.

(Termina en la pág. 159)

UNA RELIGION PARA NUESTRO TIEMPO

I. Una pregunta

Se difunde ampliamente entre nosotros un libro del sacerdote Reverendo Luis Evely, de título tan sugestivo como **Una religión para nuestro tiempo**.¹ ¿Será libro de espiritualidad? Así quiere ser. Contiene efectivamente el texto de unos retiros que en julio-agosto de 1962 dio su autor a un grupo de doscientos cincuenta reunidos en la población francesa de Fayets (Saint Didier-sur-Beaujeu, Rhône), encuadrados en una asociación cuya Comisión ejecutiva —según se nos dice en el prólogo— está presidida por el Cardenal Liénart, Obispo de Lila, y en calidad de Presidente-Adjunto, por Monseñor Riobé, Obispo Coadjutor de Orleans.

Los títulos de los temas que desarrolló el autor en este retiro, y que se recogieron en este libro, son: una introducción, dos capítulos sobre la pobreza, otro sobre la encarnación, uno sobre la comunidad, uno de respuestas a ciertas objeciones que los asistentes le formularon, finalmente uno sobre la Iglesia, otro sobre la Iglesia y los sacramentos, oración, para terminar con una larga disertación sobre la esperanza (páginas 269-291). Como se ve, la primera impresión que uno recibe al hojear esta obra es prometedora de lo mejor.

Después advierte uno en seguida que el libro empieza con un largo texto de Teilhard de Chardin (pág. 15) y se cierra con otro texto del mismo Teilhard (pág. 291). Al advertirlo ocurre en seguida la sospecha, de que brota una pregunta: ¿acaso la mentalidad teilhardiana habrá penetrado hasta en la "espiritualidad", en la "ascesis", más aún, hasta configurar una "religión para nuestro tiempo"?

La pregunta puede ocurrir a cualquiera: su imagen del cielo ¿no sería más que una evolución de esta misma tierra? ¿Con este engaño piensa podrá atraer a los ateos materialistas? ¿Será esta mentalidad la que informará la "espiritualidad" expuesta en sus retiros por el Rev. Luis Evely?

Es preciso examinar la obra desde este punto de vista clave, para poder finalmente emitir un juicio con conocimiento de causa. Vamos, pues, a examinarlo con absoluta sinceridad y objetividad, escogiendo precisamente aquellos textos que pueden darnos luz sobre la pregunta formulada, cuya respuesta buscamos.²

1. EVELY, Lluís: **Una religió per al nostre temps**. Barcelona, Edicions Ariel, S. A., Primera edición, 1964.

2. Los textos que citaré, los he traducido al castellano a partir de esta edición catalana. Por tanto, respondo de que son fiel traducción de este libro que examinamos, pero no afirmo que traduzcan todos los matices del original francés, porque no lo he cotejado con esta edición catalana. Las cifras entre paréntesis, remiten a las páginas de la primera edición catalana.

II. Un cielo que sería mera evolución de la tierra

Los temores que acabamos de apuntar, se confirman apenas uno lee la obra. En ella se dice así: "podría muy bien ser que Dios hubiese arrojado en el mundo unas energías de Resurrección que lo hiciesen evolucionar, sin discontinuidad, hacia el Paraíso terrestre" (274).

¿Qué será, pues, el cielo? ¿La visión intuitiva del Bien Infinito, Dios, que Él dará como premio al que evitando el pecado muera en su gracia? Nada de esto. El cielo será así. "El cielo está en estrecha continuidad con la tierra. El dogma de la resurrección de la carne significa que la bienaventuranza celestial será una bienaventuranza humana. El cielo será a vuestro gusto, si lo tenéis bueno; se parecerá a aquello que de mejor habréis conocido en la tierra. Si nada tenéis para inmortalizar, ¿con qué amueblaréis vuestra eternidad? Sólo conozco una moral cristiana: empezad una vida lo bastante buena para querer vivirla siempre. Haced cosas que queráis estar haciéndolas a lo largo de toda vuestra eternidad. No esperéis una vida futura: sería el summum y el peor de todos los idealismos. No hay vida futura... sólo hay una vida eterna, y ésta es que os conozcan a Vos, único Dios verdadero, y al que habéis enviado, Jesucristo, Dios hecho hombre, el Hombre-Dios (Juan 17, 3). ¿Empezáis a conocerlos? Entonces ¡ya habéis empezado la vida eterna!" (270). Estas son las ideas que se desarrollan a lo largo de todo el capítulo final, titulado "esperanza", que es la clave para entender toda esta espiritualidad nueva.

Según esta concepción capital, ¿puede hablarse de salvación "individual", de cada uno de los hombres por separado? ¿Cómo podría entenderse dentro de una perspectiva evolucionista, en la cual el cielo consistirá en evolucionar todos hasta llegar a una "sociedad futura" en esta tierra? Efectivamente: "la felicidad celestial será una felicidad de tal modo humana, que el cosmos entero participará en ella. Por favor, no hagáis salvación, no hagáis un sálvese quien pueda, pues nos salvaremos todos juntos, y más aún, con armas y bagajes... con nuestras flores y nuestros animales y con nuestros perros. Eternizaréis todo aquello que habréis amado suficientemente: vuestra capacidad de redención está medida por vuestra capacidad de amor. Si amáis suficientemente las cosas, las eternizareis; y si amáis bastante las personas, las eternizareis" (271).

Así como los cristianos del siglo XIX habrían cometido (según el autor) el grave error de oponerse al evolucionismo imaginando que habría sido creado todo de repente, pero ya hoy día la Iglesia ha corregido estas concepciones, así también errarían ahora los que concibiesen un **juicio final**, que todavía ha de venir:

"El gran error de los cristianos del siglo XIX fue su creencia de que el mundo había sido creado con un golpe de varilla mágica, ¡con fósiles y todo! Así se produjeron aquellas tan dolorosas crisis de fe al comprobar la evolución de los seres vivos" (272).

Se ve que el autor no habrá leído mucho la historia, porque si leyese, por ejemplo, a Leibniz (que no es del siglo XIX, sino del XVII-XVIII) vería lo que dice sobre los fósiles, siendo él cristiano (no católico pero sí protestante de la confesión Augsburgo); y vería también lo que decían los antiguos escolásticos del siglo XVI, que concebían los fósiles como producidos (lo mismo que los gusanos por la putrefacción de materia orgánica terrestre bajo la acción del sol) por la acción del sol sobre la tierra, de suerte que llamaban a estos fósiles "ludus naturae", como si hubiese ensayado o jugado la producción de un animal. Esta concepción era muy ingeniosa, dado el estado de la ciencia en el siglo XVI, aunque fuese falsa. Pero por lo visto el Rev. Evely no habrá cuidado mucho de leer textos antiguos de filosofía y teología, y entonces, claro, imagina que se debe a los cristianos del siglo XIX el identificar la creación con un golpe de varita mágica que crease de repente fósiles y todo. Nada de varita mágica: "Pero si Dios ha lanzado a la existencia a una materia animada de un cierto espíritu evolutivo, y éste se busca a sí mismo a través de innumerables ensayos, bien puede uno afirmar que Dios ha logrado perfectamente su obra desde el momento en que la tentativa desemboca en una aurora triunfal" (273), es decir, la aurora del mundo evolucionado, cielo en la tierra. Así se explicaría que hubiese mal sobre la tierra: sería sencillamente el estadio de una evolución todavía poco desarrollada...

Es evidente que si de tal modo se cambia la idea del cielo, habrá también que cambiar la idea del juicio final. ¿Qué será este juicio final en esta perspectiva evolucionista?

En primer lugar no "será", sino que "ya ha sido"... ¡y no nos habíamos dado cuenta! Ahora todas estas ideas ya han cambiado: "El fin del mundo, el fin pavoroso y catastrófico del mundo, ya ha sucedido. La mayor parte de nosotros quizá no se ha enterado, quizá no han sido informados del modo que crean conveniente, pero de todos modos la muerte de Cristo ha señalado el fin del mundo, el fin de un mundo, de una era del mundo" (284).

¡Pero, ¿y las señales anunciadoras del fin del mundo? ¡Ah! ¡Ya han sucedido! ¡Fureon las de los tres días de su sepultura a los que siguió su resurrección! "Todas las señales del fin del mundo se produjeron cuando la muerte de Cristo: el Príncipe de este mundo fue lanzado fuera; la tierra tembló; el sol se oscureció y se extendieron las tinieblas sobre toda la tierra; los muertos resucitaron y fueron vistos en Jerusalén; el velo del Templo se rasgó de arriba abajo en dos mitades y el centurión en nombre de todos los pueblos, se golpeó el pecho diciendo: Verdaderamente este hombre

era Hijo de Dios" (284). Pero esta tribulación "fue abreviada a tres días" (285) para que no se perdiese la fe de los escogidos: "actualmente estamos ya en la fase gloriosa del Reino de Dios, en un tiempo lleno de alegría y de esperanza: Cristo resucitado, tal como Él había predicho, envía a sus ángeles, es decir, a sus mensajeros, a sus misioneros, esto es, a vosotros, apóstoles y militantes, para reunir a los elegidos desde un confín de la tierra al otro confín" (285).

Es evidente que si el juicio final ya ha venido, y nos encaminamos al cielo prometido, que será sencillamente el término de este mundo evolucionado por la fuerza de Dios, entonces hay que cambiar radicalmente las nociones de lo que será la "felicidad del cielo" y de lo que será la "salvación", que ya no será individual, sino colectiva. En cuanto a lo primero, se dice así: "Por lo general, en nuestra clase social, ya nos sentíamos bien en la tierra, y he aquí que gracias a nuestro bautismo conseguíamos además una herencia en el cielo. Sí, encajaban admirablemente bien estas dos perspectivas. Pero heredero del cielo, heredero del cielo... ¿qué es lo que tiene, Dios? Dios es amor y es don. ¿Qué heredaréis, pues, de Dios? Heredaréis el dar hasta lo que teneis" (80); esto es todo: "No hay otra felicidad en el cielo" (81).

Es decir, ¡una sociedad de perfecta filantropía universal! Esto es. Nada de imaginarse que llegareis al cielo por haber sido justos, rectos, puros, virtuosos: "En el cielo, se amarán, se acogerán, se escucharán, se tendrán cuidado unos de otros; se será sensible por el prójimo, se dejarán encantar por el prójimo. Estareis en el cielo, no porque seáis justos, rectos, puros y virtuosos, no porque estéis contentos de vosotros mismos, sino porque estareis maravillados de Dios y del prójimo; no porque seáis notables, sino porque Dios es maravilloso y os habrá hecho misericordia" (81-82). "Así, pues, si supiesen lo que es el cielo, muchos rechazarían ir a él: amarse, ser pobre, ser manso, ser cuidadoso del prójimo y feliz con su felicidad, emplear su cielo haciendo bien sobre la tierra, es decir, tener hambre y sed de una justicia total, ¡de una manifestación plena de Dios!" (82) esto será el cielo. Realmente coincide bastante con el ideal a que aspira el comunismo, para quien también todo consiste en la evolución hacia la futura sociedad "socialista" en que todo el mundo estará satisfecho en la tierra.

Por tanto nada de imaginarse a los santos al modo como los hemos imaginado: "¿Cómo podrían ser felices si estuviesen jubilados, canonizados, evacuados en las alturas? No, la pobreza es un cierto gusto de Dios, una alegría de hacer como Él, de comulgar en su ser y en su acción y esta alegría nunca se agotará" (82).

Ya al principio de la obra se anuncian estas ideas, cuyo alcance no descubre el lector cuando recorre las primeras páginas, hasta que al exponerlas con toda claridad, cobran ante sus ojos un sentido, que al principio parecía cuidadosamente encubierto, porque se

mezclaba con palabras de la enseñanza usual. Por ejemplo, ya en el primer capítulo se esboza el programa de estos retiros, con un punto que habrá que tratar en el cuarto, y que se anuncia así: "punto que un ateo no puede aceptar en la religión cristiana actual: el paternalismo. Un Dios que lo ha hecho todo en lugar de nosotros, que nos pide que tengamos confianza en Él y que esperemos que un buen día Él nos envíe, desde allí arriba, un paraíso prefabricado" (30).

III. No salvación "individual" sino colectiva: la futura sociedad evolucionada

Si el cielo ha de consistir en esta especie de sociedad de hombres, término de la evolución de la tierra actual, en la cual todos se harán mutuamente felices con su filantropía democrática, entonces es fácil deducir de aquí cuáles serán las normas de ascética y de religión para llegar a ese cielo: "En el juicio final ¡no os preguntarán qué habreis hecho respecto de Dios! Lo que os preguntarán será lo que habreis hecho respecto de vuestro vecino" (112).

Ya desde ahora notemos, a propósito de las innumerables veces en que se habla en este libro, del amor a los demás hombrs (tantas, que puede decirse que este tema es como todo el eje de él): nunca se distingue (¡evidente!) entre el amor a los demás "por Dios" (cuyo motivo formal es Dios, es decir, para que pueda ser virtud sobrenatural de la caridad) y el amor "humano", "terreno", a los demás, al prójimo por ser prójimo de la sociedad evolutiva. El primero podrá ser virtud sobrenatural, como nos enseña nuestra Fe; el segundo no será más que filantropía. Desde luego es buena **naturalmente** (como la educación, como las buenas modales, como la gracia en el decir, etc.) pero no llega a ser **virtud sobrenatural**.

Así se comprende muy bien el sentido de las frases en que no se hace consistir el amor a Dios en negar el amor a la tierra (ya cuando este se opusiese a su Ley, ya cuando éste fuese término propio del amor) sino al revés en amar mucho lo que vemos en esta tierra y a los demás por sí mismos. Citemos dos frases a este propósito, como muestra de esta mentalidad: "Fuera de la Iglesia no hay salvación. He aquí lo que esto quiere decir para mí: fuera de una Iglesia, fuera de una Comunión, fuera de una comunidad, no hay salvación" (153); "sólo el hombre es un ser sagrado insustituible, inviolable. Nuestro amor y nuestro respeto a Dios, serán juzgados por el amor y el respeto que habremos tenido al hombre" (201).

A esta luz también se comprende por qué tantas veces se insiste en que la "salvación" no es asunto "individual", sino "colectivo". Uno advierte inmediatamente que aquí puede haber un equívoco: una cosa es que el cristiano no pueda desinteresarse de los demás (en sus oraciones, en su apostolado, en su participación en los actos litúrgicos de la Iglesia, en su caridad fra-

terna, en sus sacrificios por ellos, etc.) sentido en el cual es verdad que la salvación no es meramente individual sino colectiva; y otra cosa muy distinta es que la salvación eterna no pueda ser individual en el sentido de que habiendo de consistir en esta futura sociedad filantrópica evolucionada, es evidente que una sociedad no se constituye por uno solo, y que por tanto la salvación no será individual sino comunitaria, colectiva. Ahora bien, observe el lector este libro y advertirá que su autor nunca disipa claramente este equívoco; lo cual da la impresión de que quiere infiltrar esta idea, pero sin que se alarme demasiado pronto el lector, y por ello se deja en la neblina de un equívoco.

Véanse algunas de estas expresiones: "Después de siglos de insípidas mortificaciones, hace ya tres años que se ha inaugurado una Cuaresma de participación. ¿Crefais agradar a Dios privándoos de un bocado de asado, si esto os daba un buen ahorro... o una excelente rebanada de pescado? Si la sola privación fuese agradable a Dios, en vez de decirnos: Amaos unos a otros, nos habría dicho: mortificaos unos a otros, haceos padecer unos a otros (cosa que hacemos, pero por propia iniciativa). Vuestra mortificación **solamente será agradable a Dios si resulta provechosa al prójimo**" (95). El texto original no está subrayado: soy yo quien lo he subrayado para que se advierta bien su sentido. Pero con este sentido cuadra el de toda la obra, cuya ascética no entiende lo que es mortificación como acto de religión hecho por Dios, sino solamente lo que es procurar "bienestar al prójimo"; por ejemplo, cuando dice así: "En tiempos antiguos, la ascética consistía en no dormir, en no comer, en azotarse, ¿qué sé yo? Hoy día, la verdadera ascesis sería dormir suficientes horas, alimentarse con calma, limitar la actividad, vivir en equipo y escoger unas diversiones que no fuese más agotadoras que el trabajo" (99): es decir, una especie de buena higiene, para el bien colectivo, y hasta para el bien individual en cuanto éste forma parte del comunitario.

Pero ¿y el sacrificio hecho "para agradar a Dios", y el que se hace "para vencer las propias pasiones y así no pecar"? ¿Ya no queda nada de esto? Contestemos ante todo, que en esta obra el pecado, entendido como ofensa personal contra Dios, que implica una deuda de "cierta infinitud", cuya redención sólo dio la sangre de Cristo, que siendo Dios podía darla, es una noción que parece haberse eclipsado. En el pecado se destaca su repercusión humana, de estado humano envilecido. Así se comprende muy bien que diga: "Estos pecados de los que estáis tan avergonzados, que tanto os deprimen, que susurráis con un hilillo de voz en el confesionario... ¡pero si son gracias, no sólo por notarlos, sino con frecuencia por haberlos cometido! ¿No decís: Padre, bendecidme porque he pecado? ¡Una suerte! Porque los pecados son la manifestación de un estado. Yo los comparo a las burbujas en la superficie de un estanque" (238); ahora bien, no se dice que tiene impor-

tancia borrar el pecado, se insiste en el estado que esto supone: "Es esto lo que habría que cambiar, en vez de dar absoluciones sobre burbujas. Pero los hombres quieren quedar intactos; no les gusta cambiar; ningún trastorno quieren realizar en su vida y en sus costumbres. Sólo se esfuerzan para estar en paz con sus pecados y para estar en regla con Dios" (240).

El mismo sentido naturalista tiene la pobreza. En la obra se habla mil veces encomiásticamente de la pobreza: muchas veces en el sentido de los bienes terrenos; otras muchas no como estado económico, sino como una "cuestión de corazón" (37), como "experiencia de los límites humanos" (43), como estado "de acogida, de receptividad por lo que respecta a todos los valores auténticos de las otras Iglesias y culturas" (89), "sereis pobres si amais a los otros" (103), etc. Ahora bien, hasta cuando se habla de la pobreza en sentido de bienes terrenos, no consiste en abandonar los bienes, renunciar a ellos (¿de ninguna manera! ¿Esto no contribuiría a la futura sociedad filantrópica evolucionada!); la pobreza consistirá, naturalmente, en tener los bienes de modo que contribuyan al bienestar social: "la mejor definición que me ha sido dada de la pobreza es la siguiente: el pobre es aquel en cuya casa todo el mundo se siente a gusto" (87). Por tanto no renunciar a los bienes de la tierra: "Un consejo mejor; no procureis empobreceros. No seais vuestro verdugo arrancándoos vuestros bienes. La pobreza conduce bien pocas veces al amor. Pero el amor verdadero conduce siempre a la pobreza" (94). Es decir, "esta" clase de amor, conduce a "esta" clase de pobreza, es evidente.

Pero si la virtud de la pobreza no consiste en cercenar los bienes de la tierra, por Dios, sino en tenerlos de modo que contribuyan a la sociedad de filantropía universal, entonces uno se pregunta qué sentido tendrán las palabras del Señor aconsejándola para la perfección en el sentido de renuncia de los bienes (Mt. 19, 21); y la pobreza sancionada por la Iglesia para los religiosos con un voto; y la práctica de tantos siglos de vida cristiana, ya desde San Antonio en el siglo IV con sus monjes, hasta hoy en todas las comunidades religiosas, en que ya de un modo, ya de otro, hay limitación en la disposición de los bienes terrenos.

Resumamos en pocas palabras el eje de la mentalidad de esta "religión de nuestros tiempos": "¡Imaginaos un cielo de almas!... ¡con serafines y dominaciones!... ¡una vida totalmente desecarnada! Sí, totalmente, si quitamos una fraseología anticuada de palmas, cítaras, arpas, coronas... y como único entretenimiento... la contemplación ininterrumpida de la majestad de Dios... ¡Y todavía añadid un poquillo de música!... Con todo, ¿no tenéis algo para eternizar? ¿habéis saboreado bastante bueno para desear que sea eterno?... ¿Amáis bastante a alguien para querer vivir con ella, con él, siempre? ¿Hay momentos en nuestra vida que deseais inmortalizar? Esta es toda la cuestión... ¿Amáis bastante el mundo, las cosas, para querer hacerlas par-

ticipar en vuestra propia eternidad? El cielo está en estrecha continuidad con la tierra" (269-270).

De modo semejante hay que pensar sobre el infierno: "Sobre todo no penséis que yo niegue el infierno... el infierno es indispensable. Pero ignoro si hay alguien..." (279). Cierto, Jesucristo no ha querido decirnos cuántos son los que se salvan; pero ha dicho: "Entrar por la puerta angosta. ¡Cuán ancha y espaciosa es la senda que lleva a la perdición! ¡Y son muchos los que entran por ella! ¡Cuán angosta es la puerta y estrecha la senda que lleva a la vida! ¡Y son pocos los que dan con ella!" (Mt. 7, 13-14). Pero estas palabras no parecen impresionar mucho al Rev. Luis Evelyn; le basta con decir: "ignoro si hay alguien en el infierno".

Pero además, ¡qué infierno! "No os imaginéis a Dios como atormentador! Dios ama a los condenados, como criaturas que son. Un movimiento de arrepentimiento en el infierno... ¡ya ya no habría infierno! Dios no ha creado el infierno. ¡No ha creado un sitio de tormentos en que se vengaría de sus adversarios!... ¡Todo lo que Dios ha creado es bueno! Nos lo dice la Biblia. ¡Es el mismo condenado quien hace su infierno! De otro modo, el infierno está en vuestra alma y nunca estará sino en ella. ¡Ya sabéis a fondo qué es el infierno! ¡Tenéis su sabor en la boca! Si no fuese así, no seríais válidamente juzgados. No habríais escogido válidamente vuestro destino eterno, **si no lo hubiésteis presentado por anticipado, si antes no hubieseis experimentado su sabor**" (280, el subrayado es mío).

¿Cómo es posible, por tanto, imaginar a Dios como Juez Supremo, que viniese a dar a cada uno exactamente según el mérito de sus obras? "Nuestra época está muy cercana a la Redención, pero sería preciso presentarle de ella un rostro y un porvenir distintos, que no fuesen el **fin-del-mundo-repartición-de-premios!**... Un fin del mundo en el que estuviésemos todos juntos y en que nos fuese propuesta, nunca impuesta, como algo colectivo" (291, el subrayado es mío). Nada de salvación individual.

Si se predicase así, ¡entonces sí que se convertirían todos! "Si queremos convertir y salvar al mundo, hemos de proponerle toda la esperanza cristiana, con toda su fuerza y toda su amplitud: el mundo será de aquel que pueda ofrecerle, ya desde esta tierra la mayor esperanza!" (Teilhard de Chardin) (291). Añadamos por nuestra parte: la esperanza de un mundo de filantropía universal, muy democrático (¡nada impuesto, sino "colectivo"!); muy satisfecho de los goces y placeres de esta tierra, que quedarían así sublimizados, eternizados.

IV. Los ateos

También se comprende muy bien la consideración con que Luis Evelyn trata siempre a los ateos: no hay nada de revuelta en sus intenciones, sino que ¡la culpa es nuestra por no presentarles una esperanza encarnada, como sería este mundo en evolución!

Vemos algunos textos sobre los ateos. Ante todo contra las demostraciones racionales de la existencia de Dios: "Hay buenas pruebas de la existencia de Dios. Pero son nefastas, porque encauzan al incrédulo en una dirección racional, racionalista. Y entonces a duras penas podéis llegar más que a esto: Dios ha de existir. Hay manera de procuraros estas pruebas, si es que os agradan, pero no sirven para nada, fuera de poner de lado algunos obstáculos a ciertos racionalistas inveterados, que se aferrarían a sus objeciones; más vale, pues, apartar estos obstáculos, por más que esto no los hará progresar de una manera positiva en el camino de la Fe" (67-68). La manera de quitar estos obstáculos es precisamente presentándoles un mundo en evolución, cuyo término sería la esperanza que se forman y que no hallarían en un cielo desencarnado.

"Aquellos hombres han arriesgado su libertad, su carrera, tal vez su vida y hasta su religión, por una cierta impresión que Dios había hecho a su corazón. Para mí, no hay otra prueba de la existencia de Dios" (68). Pero nosotros, hemos ignorado "la filosofía moderna, las técnicas modernas" (29). Ahí estaría la raíz del mal.

El nuevo camino es enteramente al revés: "Pues bien, después de seis días de estar con vosotros y de asistir a vuestras conferencias, me siento de tal modo **ateizado** (en el buen sentido de esta palabra, os lo aseguro: **purificado**), mi concepción de Dios de tal modo se ha adaptado y sublimado... que corre riesgo de hacerse un poco evanescente. No sé si también vosotros habeis hecho la misma experiencia, pero en cuanto a mí, creo que ahora nos encontramos todos de tal modo **de-sacralizados, des-mitologizados, antropologizados**, que ya no percibimos muy bien en qué somos divinizados" (31-32).

Más aún, "nos han hecho unas tan bellas descripciones del ideal moderno y ateo del mundo, que bueno será que nos preguntemos ahora cuál es en definitiva la diferencia que hay entre un cristiano y un ateo. Varias veces se ha planteado esta cuestión en las reuniones, pero sin que obtuviese una respuesta satisfactoria. Y la primera respuesta que uno querría darle es exactamente la de la pobreza" (32), entendiendo esta palabra en sentido amplísimo: "Es la pobreza la que decide: ante un pagano generoso, recto, leal, no hemos de decirnos en seguida: **Es un cristiano que no sabe que lo es**. Lo que hemos de preguntarnos es si vive estas virtudes en la pobreza, o bien en la superioridad, en la autonomía, la suficiencia. La cuestión no es más que ésta: ¿es un pobre que recibe o un rico que se afirma?" (35).

No imagine el lector que Evely defiende el marxismo: lo combate (véanse las páginas 162-164), por más que su cielo futuro de evolución terrestre, tenga no pocos puntos de semejanza con el mito marxista de la sociedad socialista evolucionada a que cree tender el comunismo. Véase por ejemplo esta frase: "Nosotros en cambio, tenemos necesidad de todo el mundo para

ser felices. Ningún hombre, nada que sea humano, será excluido de la salvación. No abandonamos a nadie de los que han andado con nosotros. El hombre no salvará su cuerpo sin su alma, pero tampoco salvará su alma sin su cuerpo. Desarrollará su interioridad y su sociabilidad. Hasta la naturaleza, hasta el mundo físico será asociado a nuestra transformación y gozará de la libertad de la gloria de los hijos de Dios. **Rom. 8, 21**", dice (164) mezclando curiosamente la idea teológica de la transformación del cuerpo resucitado, con sus propias ideas según las cuales, siendo el término prometido una evolución de esta tierra "ningún hombre será excluido de la salvación" y que ésta consistirá en poseer el término del desarrollo de la "interioridad y sociabilidad".

Pero si no aparece en Evely que defiende el ateísmo, sí, en cambio, aparece su tendencia a disculpar a los ateos de una manera inverosímil: "No creo que el mundo sea ateo por su culpa, sino en primer lugar por la nuestra, por culpa de nosotros que éramos la sal de la tierra y habríamos podido ser la luz" (27); pero ha sucedido que los "conservadores", opuestos a todo progreso, han comprometido a la Iglesia con sus designios; y ahí estaría la causa de todo el mal. Por el contrario: "El designio de este retiro es describirnos una verdadera Iglesia y una verdadera religión a partir de esta interpelación. Las críticas, los clamores, las exigencias de los ateos nos trazan todo un programa, constituyen el molde que esboza lo que habría de ser, lo que es, la verdadera Iglesia del Verdadero Dios" (28).

Es decir, en el fondo —según imagina Evely— la culpa del ateísmo estaría en nosotros, en cuanto no hemos sabido presentar estos valores "humanos": "Si con mucha razón nos han podido decir durante estas conferencias que el ateísmo moderno consiste esencialmente en el redescubrimiento de la vocación creadora del hombre, en la reivindicación de la libertad y de la dignidad humanas ignoradas, a nosotros toca preguntarnos qué fea imagen de Dios hemos podido presentar al mundo ¡para que llegue a creer que sólo puede salvaguardar estos valores con la negación de Dios!" (31). Pero ¿y no puede el hombre cometer pecado alejándose de Dios, que ya con su razón puede conocer, y que por la Revelación se le comunica? ¿Y no actúa el enemigo, Satanás, por el mundo que "todo estriba en el malo"? (I Juan 5, 19).

Nada de esto: resbalan estas ideas sobre su mentalidad. Si presentásemos a los hombres un mundo que ya está en el último estadio de la evolución, y a Dios como actuando en esta evolución para llevarnos a una especie de paraíso terrenal de filantropía universal, ¿entonces sí que daríamos una esperanza "encarnada"! ¡Entonces todos creerían!

Por consiguiente, ¿qué es esto del pecado por negar a Dios? "En el juicio final no os preguntarán qué habeis hecho respecto de Dios. Os preguntarán qué habeis hecho respecto de vuestro vecino" (112) "Y aho-

ra ved qué se nos dice en el juicio final según San Mateo. La descripción empieza con todo el aire de religión idealista, contra la cual yo combato encarnizadamente. La religión idealista es la que tiene añoranzas de Dios, impulsos, nubes, la que se sitúa totalmente en el cielo, la que cree tener con Dios una comunicación directa: **¡Soy un contemplativo!** Bueno convendrá sopesar estas nociones" (113).

Sigue a continuación el texto de San Mateo XXV, 31-37 con la descripción del juicio final, con las palabras que todos conocemos y que por propia confesión del autor tienen este aire de "religión idealista, contra la cual combato encarnizadamente"... "Cuando vendrá el Hijo del hombre en su gloria, y todos los ángeles bajarán con él, entonces se sentará sobre el solio de su gloria y serán congregadas ante Él todas las naciones..."

Lo que sigue, sólo lo que sigue, interesa a Evely: "Escuchad este rey majestuoso: Tenía hambre, estaba desnudo, estaba en la cárcel... ¿Notais la brutalidad de esta ausencia de transición? Estábamos en plena religión celeste, entre los ángeles, rodeados de nubes y neblinas, y de repente nos despertamos en plena realidad cotidiana y prosaica. Después de la **religión ideal**, ved ahí la religión encarnada. ¡Dios vuelve a la tierra!" (113). Sí, es verdad que San Francisco besó a un leproso, y que San Vicente de Paúl recogía a los niños abandonados, como San Pedro Claver acogía y sanaba a los pobres negros: pero Evely olvida decir que esto lo hacían "por Dios", y que si el amor a la tierra no es "por Dios", en cuanto nos desprenda del amor de lo terreno amado "por sí mismo", no será virtud sobrenatural, merecedora del verdadero cielo que no consistirá en una tierra evolucionada, sino en la visión intuitiva de Dios, Bien Infinito.

Concluyendo: "Resumiré todo este retiro diciendo: podeis dar la esperanza al mundo, a condición de no anunciarle una salvación individual, sino una Redención fraternal" (279). "Así, pues, no hay salvación individual. ¡Tampoco una salvación idealista! La frase **Salvar su alma**, tres herejías en tres palabras" (282): hemos de salvarnos todos juntos: sólo así se puede producir este cielo o "fin colectivo" (291) de filantropía universal con la posesión de los bienes de esta tierra evolucionada.

V. Conclusión

Confieso que cuando terminé la lectura de este libro del Rev. Luis Evely, se agolpaban las lágrimas a

mis ojos: ¿y esto es lo que se da bajo el nombre de **retiros espirituales** en Francia, a jóvenes selectos, para que vivan su fe y hagan apostolado?

Me dirán algunos: no sólo en Francia: este libro se ha traducido así como al catalán, también al castellano y ha tenido no sé cuántas ediciones entre nosotros.

No obstante el caso no es igual, por la razón de que muchos de los que estando en nuestro ambiente lo leerán, sencillamente no lo entenderán.

Hay bastante grupos aquí, de personas especialmente jóvenes, que tienen un papanatismo tan enorme, que les basta ver que un libro viene de Francia, que lleva el título de "progreso", o de "moderno", o de "nuestro tiempo", para que ya sean incapaces de pensar y juzgar. Estos resbalan sobre las palabras, especialmente si se dicen muy cuidadosamente para no alarmar antes de tiempo. Éstos hasta se edificarán de no pocas páginas de este libro: ¡Si habla de la pobreza! ¡Y es tan bonito! ¡Habla del amor de todos, a todos! ¡Es tan encantador!

Mucho. Pero tampoco faltarán quienes entenderán. Éstos no se limitarán a anotar frases sueltas exageradas (de que está lleno el libro), o apreciaciones inexactas que les han chocado, o algunas ideas que verdaderamente no comprenden: estos comprenderán muy bien el sentido de lo que es "amar la tierra", no esperar un juicio "repartición-de-premios", no esperar un cielo de religión "idealizada" sino otro en que eternizaremos "todo lo bueno que hemos hallado en la tierra", pues "no hay salvación individual" sino tan sólo "colectiva" en la futura sociedad, término de la actual tierra evolucionada, en la cual estamos ya, después del juicio que tuvo lugar con la muerte y resurrección del Señor, en estado de "vida eterna"... No digo que las palabras o frases que acabo de citar en este último párrafo, sean expresiones literales de este libro (si lo fuesen, ya habría indicado la página de donde están sacadas); sino que son ciertamente el ambiente, la mentalidad en que se mueve toda esta espiritualidad, si es que todavía puede llamársela "espiritualidad" y no más bien "naturalismo cubierto con nombres sobrenaturales".

¿Que alguien me dirá que mi interpretación es exagerada? ¿Que yo sólo veo la mentalidad de la herejía modernista de 1907, ambiente que sigue perpetuándose hasta hoy, pero que no es así?

Bueno, pues esperemos un tiempo: los hechos dirán quién tiene razón.

Juan Roig Gironella, S. I.

“Dios omnipotente y admirable en sus santos, ha querido con gran providencia que, mientras sus almas gozan de la eterna bienaventuranza en el cielo, los cuerpos, conservados en la tierra, sea objeto de singular veneración por parte de los hombres y sean honrados con los esplendores de la religión.”

Así exhorta el documento pontificio que confirmando los privilegios concedidos en la Constitución de Alejandro III del Año Santo compostelano, viene solemnemente hecho público en 1885 a fin de que “este faustísimo acontecimiento sea conocido en todas partes y que todos los fieles lo celebren con renovada piedad y de nuevo emprendan la peregrinación a aquel santo sepulcro, según la costumbre de nuestros abuelos”.

Por constante y universal tradición que se remota a los tiempos apostólicos se sabe que después del martirio de Santiago, condenado a



En el período de la dominación romana la cripta permaneció desconocida, pero apenas se les devolvió la libertad a los cristianos, se difundió entre los españoles que profesaban una particular devoción a Santiago, la noticia de la traslación de su cuerpo y empezaron a acudir al sepulcro con ardor tan grande como el que los movía a visitar Roma.

En el curso de los años, España, invadida por los bárbaros y luego por los moros conducidos por Muza,

de las ciudades vecinas sino también desde los más lejanos países. Por eso el rey Alfonso III, siguiendo el ejemplo de su predecesor hizo construir un templo más amplio dejando sin embargo intacto el antiguo sepulcro.

A fines del siglo x la fama de Compostela era tal que indujo al terrible Almanzor a efectuar una expedición desde el califato de Córdoba para destruirla y borrar su memoria. El 3 de julio del año 997, Almanzor, el vencedor por antonomasia, que tenía en su activo la destrucción de Barcelona y la devastación de León tomando el camino de Extremadura y pasando por Portugal donde reunió una gran flota que zarpó del sur de Lisboa. “Marchó —como escribe el historiador árabe Ben Izdari— a Santiago, ciudad de Galicia que es el más importante santuario cristiano de España y de las vecinas regiones del continente. La Iglesia de Santiago es

LA BULA «DEUS OMNIPOTENS» DE LEON XIII SINTESIS DE LA HISTORIA DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

muerte por Herodes, su cuerpo fue recogido por sus discípulos Atanasio y Teodoro, los cuales por temor a que los restos del Santo Apóstol fueran dispersados, lo llevaron desde Judea en una embarcación. Después de una feliz travesía llegaron a las costas de España llegando hasta Galicia, donde Santiago había desarrollado su ministerio apostólico después de la Ascensión de Cristo al cielo. En los alrededores de la ciudad española Iria Flavia, depositaron los restos mortales del Apóstol en una cripta abierta en la roca, en un sepulcro construido a estilo romano sobre el que levantaron una pequeña capilla. A la muerte de Atanasio y Teodoro los cristianos de aquel lugar, sea por la alta estima en que lo tenían, sea porque después de muertos no querían ser separados del cuerpo que habían religiosamente custodiado en vida, los enterraron en el mismo sepulcro junto al Apóstol.

que en sus frecuentes incursiones costeras devastaban las poblaciones, la capilla fue destruida y permaneció largo tiempo el sepulcro ignorado bajo las ruinas. Sin embargo, el tiempo no debilitaba el recuerdo que los españoles tenían de la santa Reliquia, y a inicios del siglo ix, cuando en España reinaba Alfonso II el Casto y Teodomiro era obispo de Iria Flavia, apareció sobre el sepulcro del Apóstol una estrella luminosa como desprendida del cielo. El obispo Teodomiro inició la búsqueda, encontrando bajo las ruinas de la capilla destruida los tres cuerpos. Al recibir la noticia el rey Alfonso se encaminó inmediatamente a la tumba del Apóstol para venerarla y hacer que se reedificase la antigua capilla. Además de la aparición del signo celeste de la estrella, no pocos milagros dieron fama al sepulcro del Apóstol que vino a ser la meta de las peregrinaciones de multitudes de fieles que acudían no sólo

para los cristianos lo que la Kaaba es para nosotros. Lo invocan en sus juramentos y llegan a ella en peregrinaje desde los más lejanos países.”

La ciudad fue arrasada, pero el sepulcro del Apóstol logró salvarse. Apenas rescatada la ciudad y liberada Galicia, el obispo de Compostela, Diego Pelaez, levantó sobre las ruinas del templo antiguo una edificación más amplia. Su sucesor, Diego Gelmírez, la completó majestuosamente y la enriqueció con esplendor hasta darle el título y derechos de Basílica.

Se preocupó especialmente del reconocimiento de la reliquia que le estaba encomendada y se decidió a separar de los santos huesos un fragmento que mandó con una carta al obispo de Pistoia San Atto. Del examen de los peritos se ha demostrado que el fragmento fue tomado de la cabeza: era la apófisis mastoidea que aparecía todavía im-

pregnada de sangre por haber ecidido el golpe de la espada en la decapitación. La reliquia, consagrada por la fama, los prodigios y la secular devoción, continúa siendo venerada en la iglesia de Pistoia.

La fama del santuario español se había extendido por todo el mundo, hasta el punto que hace escribir a Dante en la *Vita Nuova*: "...los peregrinos se pueden clasificar de dos modos: de un modo amplio y de un modo estricto. Se entiende como peregrino en sentido amplio cuando va fuera de su patria, y en un sentido estricto no se puede llamar peregrino el que no va a Santiago".

En el siglo XVII declarada la guerra entre los españoles y los ingleses éstos consiguieron desembarcar en las costas de Galicia y marcharon sobre Compostela. Estaba entonces al frente de la iglesia compostelana el arzobispo Juan de San Clemente, el cual, temiendo la profanación de la reliquia del Santo, convino con los canónigos ocultarlo en un lugar seguro. Pero estando ya el enemigo a las puertas de la ciudad, enterró los tres cuerpos precipitadamente, con el cuidado sin

embargo de formar la nueva tumba con material de la antigua, de factura romana, de modo que quedase testimonio de su identidad.

En la segunda mitad del ochocientos, cuando el Cardenal Paya y Rico, Arzobispo de Compostela emprendió la obra de restauración de la Basílica, puso en práctica la determinación que desde tiempo atrás venía madurando: la de buscar el lugar donde se encontraban las reliquias de Santiago y de sus dos discípulos Atanasio y Teodoro. Después de una primera e infructuosa búsqueda en la cripta y en los sótanos de la Basílica, fue excavado el lugar donde la devoción del pueblo y del clero iba a orar, o sea en el centro del ábside, y allí se encontró un arca en la cubierta de la cual estaba formada por incisión una cruz. Levantada la cubierta ante testigos, se encontraron huesos pertenecientes a tres esqueletos del sexo masculino. Entonces se inició el largo proceso para el reconocimiento de la reliquia que terminó en la Bula de León XIII, hecha pública el día de Santiago en la iglesia nacional española de Santa María de

Montserrat en Roma. Para confirmar y ratificar los precedentes privilegios se dice en ella: Y la nobilísima nación española, que por la maravillosa asistencia de Santiago ha conservado íntegra e inviolada la fe católica; a fin de que Dios misericordioso quiera concederle gracia para en medio de tales confusiones de errores, se afirmen por intercesión de su celestial Patrono en la santidad de la religión heredada y en fervor de la piedad, concedemos que el altísimo privilegio dado por nuestro Predecesor Alejandro III, de conceder plenario jubileo en los años en los que la fiesta de Santiago celebrada en 25 de julio caiga en domingo, se extienda también al próximo año en el que deberá celebrar el mismo día de Santiago la solemne fiesta del encuentro y exhumación de su cuerpo; observando la forma y con las mismas facultades contenidas en la Constitución del mismo Sumo Pontífice dada en 25 de julio de 1179.

R. B.

L'Osservatore Romano, 15 mayo 1965.

EL PUEBLO JUDIO DESDE SU DISPERSION

EDAD MODERNA Y REVOLUCIONES

VIII

Desde Dinamarca hasta Bayona...

Como ya hemos indicado en un lugar de nuestro anterior artículo, un fenómeno mundial de índole total, pero especialmente geográfico económico se producía, que, naturalmente, había de tener una influencia decisiva en los azares del pueblo judío, condenado a la dispersión, atomizado en el ancho mundo, y sometido a todas sus corrientes. Nos referimos al hecho del Descubrimiento de América, que trasladaba el centro de la vida y de la economía mundiales del Mediterráneo (que había de perder su hegemonía, para volver a casi recuperarla siglos más tarde con la apertura de Suez, y ahora que, trasladado ya todo el tráfico a las rutas aéreas, importan menos los mares y los estrechos) al Atlántico. Con ello, Italia perdía gran parte de su importancia como viejo centro mundial del comercio, y éste pasaba a los países ribereños de aquel gran Océano.

A Venecia y a Génova, la venían a sustituir Londres, Hamburgo o Amsterdam.

Hacia estos puntos, con su natural instinto, tendió gran parte de los marranos fugitivos. Entre nombres, que con el tiempo iban a ser grandes en el futuro de las Finanzas, figuran algunos casi legendarios. En Amberes, por ejemplo, los Méndez. En Amsterdam sobre todo (punto quizá el más característico de florecimiento de la riqueza judía, hasta tal punto que promovió la ira, y orden de destrucción, ha poco, de Hitler) parece que los pioneros fueron los López Pereira. Una mujer de esta familia, María Núñez (española, por tanto), ha dejado recuerdo místico, por haber sido, según dicen, pretendida por los más altos personajes de la Corte de Isabel de Inglaterra, habiéndolo abandonado todo por seguir a los suyos y establecerse en la ciudad holandesa. Hechos semejantes se registran desde Hamburgo y Brema, hasta Burdeos y puertos del Oeste de Francia. Las nuevas comunidades sufrían, alternativamente, los avatares derivados de las relaciones de los Países que les acogían con España. En algunos puntos,

eran perseguidos por los protestantes al confundirlos con católicos (sobre todo, cuando adoptaban oficialmente esta religión, siguiendo cripto-judíos en la clandestinidad). En otros, sufrían alternativas a compás (como ocurrió en Francia con los edictos de Nantes y su revocación, etc.) de las luchas religiosas y tendencias que prevalecían como consecuencia de las mismas.

En Londres, se desarrolló una comunidad judía la más importante entre todas. Ya hemos visto que el Puritanismo la veía con simpatía, si bien parece ser que pretendió una labor de proselitismo entre los israelitas que no había de dar resultado. Cromwell les favoreció igualmente, coincidiendo con ellos en su tendencia antirrealista, influido por un famoso Rabino, Manassés ben Israel. Con él lograron por primera vez distintos derechos de ciudadanía, entre otros, el de establecer sus propios cementerios. Esto no obstante, una gran masa de la opinión británica había, aún, de serles hostil, y la figura de Shylock, popularizada por Shakespeare, era difícil de borrar de la fantasía popular en su aspecto peyorativo.

Los mayores nombres hebreos que nos quedan de la época, son, en general, de origen marrano, y algunos de ellos brillan, incluso, en España, donde seguían acogidos tras una conversión más o menos sincera. Citemos a Elías Montalto, cirujano de la Reina de Francia, Rodrigo de Castro, gran ginecólogo, clásicos como Tomás de Pinedo, Méndez de Silva y el propio Enrique Gómez, que rivalizó con Calderón de la Barca. Más de uno alcanzó la nobleza, como los Barones de Belmonte, los Núñez de Costa. Entre la intelectualidad, brilla la figura de Benedicto de Spinoza, que exime de todo comentario.

Puede, por tanto, decirse que los marranos infiltraron nueva vida en las comunidades judías, y aun que, muchos de ellos, la instauraron ya fuera del "ghetto". En algunos puntos en que los judíos eran solicitados por su industria y su comercio, ya no formaban parte de la judería, e, incluso, en nuevas poblaciones (cual fue, para el caso es interesante citarlo, lo sucedido en las recientemente fundadas urbes americanas) no llegó ya a existir nunca aquel "ghetto". No siempre, sin embargo, dejaron de registrarse restricciones para los sujetos de conocido origen judaico.

Las comunidades de los puertos del Atlántico y de la Gran Bretaña, se vieron, asimismo, aumentadas con una nueva inmigración judía, esta vez en dirección oriente-occidente. La progresiva extensión de Rusia, la absorción y desaparición de Polonia, con las "masacres" que de los judíos hacían los cosacos y las hordas asiáticas, provocaron un nuevo reflujo. Los "askkenazics" o sea judío-alemanes, regresaban a las ciudades germanas, y, al tampoco ser acogidos allí, se dirigían al amparo de las florecientes comunidades comerciales del litoral oceánico. El eterno péndulo, devolvía la población israelita a occidente, de donde había sido expelida siglos atrás. Mas ya, en general, el judío pobre se hallaba más protegido. Hebreos prestigiosos ocupaban cargos importantes. El tipo, llamado en Alemania, "Hofjuden" o judío de Corte, era ya establecido. Administradores, financieros, banque-

ros, hasta ministros, se iban haciendo necesarios. Empiezan ya a sonar algunos grandes nombres, como los Wertheimer y los Oppenheimer. No es raro que hebreos afortunados, en la necesidad, aun, de disimular su primitivo nombre, adoptasen el de las tierras o poblaciones donde ejercían su influencia. Por ello, es común en Alemania hallar nombres de judíos que terminan en "thal" (valle), "berg" (montaña), o, a veces, nombres de poblaciones como apellidos, el de las mismas villas donde habían tenido la fortuna de medrar.

Época mesiánica

Esta aurora de nuevos tiempos no era, sin embargo, más que un preludio aún lejano. Jamás la influencia de la Cábala, y del sentido místico y mítico a la vez, había tenido tal influencia en el pueblo judío, y jamás había determinado tanto su carácter conspirador. Es la época en la que surgen las sociedades secretas, los iluminados de Baviera, la Franc-masonería, a la que ya nos hemos referido anteriormente. (Repetimos que, sobre este tema tan importante, no nos podemos extender en estos artículos ;de otra parte, ha constituido siempre uno de los puntos más estudiados en CRISTIANDAD). Todo este ambiente de conjura y de maquinación contra las instituciones vigentes (particularmente dirigido contra tronos y altares) tiene, dentro de las juderías, un sentido pseudo-mesiánico, pero muy profundo. No en vano se registran apariciones meteóricas de "mesías" que se proclaman tales, y que quieren resucitar a Israel. Ya el caso más considerable de todos fue el de Sabbatai Zevi (nacido en 1626) en pleno Imperio Otomano. Rodeado de un verdadero prestigio por su juventud extraordinaria, se declaró Mesías, atribuyéndose, incluso, un profeta: su discípulo Nathan de Gaza. Es curioso observar que su padre era un judío inglés, agente comercial británico en su época. Los propios historiadores judíos no dudan en hacer notar lo estafalario del personaje y sus incidentes. Resumiendo brevemente su vida, diremos que provocó un movimiento espiritual tal, a su alrededor, que, al parecer, llegó incluso a contar con la adhesión personal nada menos que del propio Spinoza.

Con el apoyo financiero del mundo judaico (recibía donativos desde Amsterdam, Hamburgo, etc.), encendió un entusiasmo tan general en todas las colonias hebreas, que hizo necesario fuese encarcelado por las autoridades turcas. Ello no hizo más que aumentar su prestigio, hasta el punto que su prisión, bajo el soborno del oro, se convirtió en lugar principesco, y objeto de peregrinación de todas partes del mundo.

Al fin, la paciencia del gran Señor turco se acabó, y, con una lógica muy otomana manifestó a su prisionero que, si se consideraba Mesías, debía ser crucificado. Este argumento fue decisivo, ya que el tal redentor no se sintió muy con fuerzas de seguir representando tan peligroso papel, y renegó, pasándose a la religión musulmana, y adoptando el nombre de Mehemet Effendi.

Esto no obstante, sus discípulos siguieron creyendo en él, atribuyendo su apostasía a ficción angélica para protegerle. Y lo más notable es que, después, de su muerte, en 1676, dejó durante más de un siglo, a abnegados sucesores suyos que lo tuvieron como constante objeto de su culto.

Este movimiento mesiánico tuvo otras manifestaciones. Algunas fantásticas. Otras de parte de rabinos menos incoherentes, y de cierto valor espiritual, relativamente hablando. Tales como Abraham Cardoso, que había sido el ídolo de muchas jóvenes en Madrid; Mordecai Eisenstadt un predicador formidable, y, en fin, Moisés Luzzatto, indiscutible gran poeta antes de terminar en las aberraciones de la Cábala. Huelga decir que, si en Occidente, más culto, se producían estos casos, con harta mayor razón se registrarían en Polonia y en las juderías del oriente europeo subdesarrollado. Consecuencia de todo esto, y como reacción, fue la aparición de nuevas escuelas teológico, filosóficas y morales. Citemos la tendencia llamada "Hassidismo" inaugurada por Israel ben Eliezer (1700-1760) especie de quietismo religioso piadoso. Este movimiento originó escuelas opuestas, sobre todo en Centro y oriente de Europa, entre otras la llamada "Mitnagdím" (o "oponentes") sobre las que no tenemos lugar para extendernos. Más todo esto llevó, a su vez, a todos estos movimientos de tipo espiritual a una situación de descrédito.

El siglo de Voltaire y de Rousseau iba a influir asimismo en el judío. Éste se hacía, a su vez, librepensador, y racionalista. Su antigua fe, por llamarla de alguna manera, iba desapareciendo. Se iba abonando el camino a su actual decadencia religiosa, y se abría al del futuro "sionismo". Es decir: el valor religioso iba decreciendo, perdida la fe en el más allá. El judío iba acostumbrándose a considerar que el verdadero mesianismo lo llevaba dentro. Que su ideal había de ser patriótico, por así decir. Que sus ideales de redención habían de conjugarse con los de la libertad de su País — Palestina, o mejor Israel —, y que su mesías sería su tierra liberada. Sin darse cuenta, nacía un sionismo, el de hoy, no teocrático. Pero que igualmente debía llevar a una misteriosa resurrección: la que vemos actualmente. Misterio grande, misterio de Historia, y, como sabemos bien los que somos viejos en "Schola", misterio grande en la Teología de aquella.

Cae el «Ghetto»

Surgían símbolos de los nuevos tiempos. Significativos. En Alemania vemos, por ejemplo, a un judío de gran instrucción, y categoría social, que por primera vez es admitido, de igual a igual, en salones, en política, en la Corte. A Moisés Mendelssohn (1729-1786), alcanzando un Premio de la Academia prusiana. Gran literato e intelectual. Protegió la traducción germana del Pentateuco. Puso de moda a Israel, por así decir, aun y contra de tanta prevención. Dejó una gran escuela, perpetuada

por su propia familia (su nieto fue el gran músico Mendelssohn). Y su hija la esposa de Schlegel.

Federico de Prusia, y luego José de Austria favorecieron, sobre todo el último, a los judíos (la Toleranzpatent del austriaco). Por todas partes comenzaban a desaparecer los "standards" de desigualdad, por así decir, que "handicapaban" la vida del hebreo. Desaparecía el "ghetto". La Revolución francesa, tan jaleada por las Sectas y por la Masonería, naturalmente, al proclamar los derechos del hombre, proclamó la emancipación en igualdad de los judíos. No fue ello obstáculo para que algunos no perecieran en la guillotina, avatares éstos propios siempre de la anarquía que acompaña a todas las convulsiones. Bajo la "diosa" Razón también fueron clausuradas varias sinagogas, pero ya la Asamblea Nacional (precisamente bajo la proposición de un sacerdote, el Abate Merlot), después de varias alternativas, había reconocido a los judíos en pie de igualdad como los demás ciudadanos.

Muy poco conocida es la historia que sigue luego. Napoleón y los judíos. El Emperador, en sus sueños — influido seguramente por sus pasadas aventuras guerreras en Oriente —, ¿llegó a soñar en una restauración de Israel? Algo — no mucho — se ha escrito y poco se conoce sobre este tema fascinante, pero que no deja de tener mucha verosimilitud y probabilidad. Sea como sea, al compás, que, en todo Europa, eran conocidos los judíos como ciudadanos libres — a medida que entraban en las ciudades las tropas victoriosas del Imperio —, éstos organizaban, con verdadera audacia, un cuerpo, una Asamblea de Notables judía (un verdadero Sanhedrín) bajo la presidencia de Abraham Furtado (seguramente un sefardita que, de origen londinense, había sido notable girondino), inspirado en los Patriarcados palestinos:

Esta curiosa asamblea judía, proclamaba, ante todo, su lealtad a Napoleón y a los distintos países de adopción, todos bajo la férula del francés. Y fue tan adelante, bajo la presidencia de su "Nasi" David Sinzheim, de Estrasburgo, que Bonaparte, en un decreto expedido en Madrid en 17 marzo 1808 (curiosa cosa ésta de ver a Napoleón tan interesado, ¡y en Madrid, en España!, por esta cuestión judía), daba su primer estatuto a las comunidades juías, dentro del Código napoleónico. Se preveía un comité hebreo central, radicando en París, constituido por rabinos y distintas jerarquías. No tenemos tampoco tiempo para extendernos a más; baste consignar este empeño, que llegó a tener conexión con el Estado y Representantes de Francia, y que asimismo tuvo, según parece, una activa colaboración en la campaña contra Rusia. El fracaso de la misma, como es lógico, resultó fatal para esta tentativa de resurrección israelítica, y el retorno trágico de Moscú acarrió su destrucción. Pero un nuevo ensayo había sido efectuado, y, al alborar del siglo XIX, pese a la próxima efímera reacción que había de sobrevenir con el Congreso de Viena y la Santa Alianza, los primeros pasos para el renacer de Israel estaban ya dados.

LUIS CREUS VIDAL

UN POCO DE MODERACION

Se tiene noticia de que en el próximo año se juntarán en Roma teólogos para el estudio a fondo de los documentos conciliares y de interés pastoral. Documentos que han requerido años y años de preparación redaccional, una lenta y progresiva incubación y enucleación teológica, exigen la seriedad de una exégesis que ponga en evidencia las directrices fundamentales al margen de toda parcial o individualista interpretación que acaba siempre minimizando su vital enunciación. Se deberá, ante todo, evitar el peligro de contraponer antitécnica-mente concilio a concilio, Papa a Papa, teología a teología. Sucede con frecuencia que se leen en apresuradas crónicas y en interesadas apostillas, comentarios y deducciones que desconciertan y dan un relieve de carácter diverso a verdades perennes de enseñanza católica, en el cauce de una tradición y de un magisterio que garantiza la homogeneidad esencial a la teología de la fe. Las decisiones de un concilio no son el resultado de una dialéctica sugestiva, sino el fruto de una exégesis atenta y amorosa de la Revelación oral y escrita en la madurez a que el Espíritu de Cristo y de la Iglesia solicita en las almas de aquellos que tienen la misión de asegurar la autenticidad de la fe en su desarrollo histórico.

Escribimos esto teniendo ante los ojos una serie de artículos, de sabios, de comentaristas, referentes sobre todo a la eclesiología de la Constitución *Lumen gentium*. Sorprende ante todo advertir, por parte de algún escritor entusiasta, una *parcialidad de visión* de los testigos conciliares. Se alude a los documentos conciliares interpretándolos individualmente con inconsciente parcialidad, la cual no pocas veces ha determinado en las reseñas de la prensa ecléctica, confusiones al difundir las intervenciones de los Padres en el Aula durante las Sesiones. Raramente una intervención viene examinada por cierta prensa en su integridad, sino por medio de afirmaciones separadas del contexto, en la proyección de un particular y apasionado punto de vista. Con frecuencia se añade la contraposición con otras intervenciones bajo el signo de una discriminación negativa más bien que de una búsqueda de su complemento. Un concilio, por su misma definición y naturaleza, trae consigo diversidad de opiniones y de aspectos junto a una convergencia esencial. La unanimidad del "placet" testimonia esta disposición conciliar. Sería interesante un libro blanco que comparase las decisiones del Vaticano II con el noticiario emitido por fuentes periodísticas mundanas, para valorar la parcialidad e imprecisión de comentarios propalados que llegan casi a sugerir no sólo la opinión pública, sino a los mismos Padres conciliares. Resalta en ellas un *apasionamiento* atento sólo a crear tensión, peticiones, promociones, reveladoras de un esoterismo periodístico y exegético que no responde a la realidad.

La misma parcialidad forzada se revela en cualquier

interpretación de los documentos aprobados. Nuestras consideraciones se dirigen sobre todo a las de los escritores que acaso sin una formación teológica no corresponden a los datos conciliares llegando así a extrañas y paradójicas contradicciones. Los mismos que hablan siempre de encarnación de la Iglesia de *consecratio mundi*, los vemos preocuparse lanzando dardos contra la Iglesia como ellos dicen ofuscada por símbolos temporales, en una visión estrictamente pneumatológica, espiritualista, que parece llevarnos de nuevo a un catarismo eclesial contrario a la naturaleza misma del reino de Dios en el mundo. De este modo se da acceso a disociaciones, a antítesis entre la Iglesia histórica y la Iglesia mística, entre la jerarcológica y la pneumatológica, y a parecidas contraposiciones.

La Iglesia jurídicamente fundada, humana y socialmente instituida, históricamente operante en el mundo, es la misma Iglesia de Cristo, la Iglesia de la Caridad, pueblo de Dios y universal familia de los cristianos. Idéntica es la Iglesia del Derecho de la Iglesia del amor, aunque la primera se refiera al aspecto visible y la segunda al aspecto invisible: dos elementos, inseparables. Anota Congar: Santo Tomás no separa en la Iglesia los elementos visibles de los invisibles, interiores y espirituales. Si reclamamos los testigos sobre el comentario al Símbolo... quede impresionada nuestra vista como el Beato Angélico que une y confunde en un todo indisoluble los elementos visibles y los invisibles, como pone el Espíritu Santo, la gracia, la santidad, la virtud, la Comunión de los santos en el cuerpo constituido, en la sociedad establecida por Cristo y propagada por los Apóstoles, extendida por todo el mundo, reunida en torno al Papa de Roma... como hace remontar hasta los días de Abel la misma sociedad que él dice ser fundada por Cristo y por los Apóstoles" (en *Esquisse du Mystere de l'Eglise*, pp. 80-81). "*Ecclesia id est fides et sacramenta*", dice Santo Tomás, entendiéndola sociedad visible fundada por Jesús.

Para evitar disociaciones y antítesis es preciso tener presente que está siempre en acto en la vida de la Iglesia (y en la misma teología de la Iglesia) el misterio del Verbo de Dios hecho carne, de Cristo Hombre-Dios. Es esto una realidad humana y al mismo tiempo divina. Por la Encarnación la naturaleza humana y la naturaleza divina se unen y son operantes en la persona del Hijo de Dios, Jesucristo. Separar nestorianamente lo humano de lo divino significa anular paradójicamente el hombre en Dios y por consiguiente Dios en el hombre. No se separan humano y divino, se distinguen para unirlos. La relación de lo humano con lo divino y de lo divino con lo humano constituyen los términos de una problemática, siempre en acto, en la historia de la Iglesia como en la vida religiosa de cada uno. Hay una íntima rela-

ción entre el misterio de la Encarnación y el misterio de la Iglesia, como hay una íntima y recíproca relación entre la biografía y la historia, la misma relación que ocurre entre persona y sociedad, entre forma de cultura y civilización. Toda forma de cultura que la historia documenta, revela siempre, en corriente y contracorriente, la inquietud primordial y nativa del hombre. Refleja nuestra condición humana, nuestra ansia terrenal y espiritual, nuestra exigencia temporal y eterna. Esta condición se mueve y se agita entre el bien y el mal, entre aquello que es lícito y entre aquello que es ilícito, entre lo moral y lo inmoral, la ley y la libertad. Se trata de una inquietud esencialmente ética y religiosa, que postula una composición, o sea una composición entre carne y espíritu, entre naturaleza y gracia: términos del encuentro de la religión con la vida y de la vida con la religión. Historia y experiencia nos han informado siempre de las varias maneras en que se ha intentado y se intenta la unión o la separación entre lo temporal y humano y lo divino o eterno.

Escribía Taulero que sólo es capaz de distinguirlo aquel que ha conseguido la unidad y por lo tanto pocos son los espíritus capaces de una visión unitaria, muchos aquellos que se limitan a una episódica y colorida síntesis histórica. "Tal vez, escribía el teólogo belga P. Charles, no es suficientemente recordado que la primera lucha de la Iglesia no fue contra los negadores de Dios, sino contra los negadores del mundo; y su primera victoria, hoy casi olvidada, consistió en salvar la tierra". La lucha contra el maniqueísmo y el gnosticismo pusie-

ron en lastimosa evidencia que todo mal consiste en el desequilibrio, en la desarmonía. Tender hacia Dios y respetar al mundo y permanecer fiel a entrambos no son actitudes divergentes, sino dos aspectos complementarios, solidarios de un único amor: del amor de Dios en sí y de la criatura en Dios. No se trata de elegir entre humano y divino, entre tierra y reino de Dios, sino de armonía, de composición de síntesis. El II Concilio Vaticano ha trabajado y trabaja para esta maravillosa reconciliación de lo temporal con lo espiritual, de lo humano con lo divino.

Cuando pues se habla o se escribe de la Iglesia es preciso no olvidar esta relación en todos sus aspectos, incluso entre el de la Iglesia y el Estado. Y es por lo menos sorprendente observar cáusticos juicios por parte de los hombres de cultura no específicamente católica en materia tan delicada como la concordataria y en las relaciones entre religión y vida asociada (de comunidad) y constatar tanto entre quienes, profesándose católicos, despreocupadamente demuestran escasa educación teológica al mismo tiempo que escasa y objetiva crítica histórica en las vicisitudes de la Iglesia. Parecería oportuna un poco de moderación, por lo menos en el lenguaje. Y parece adecuado, como lo fue en su tiempo lo que el beato Gil dijo a un presuntuoso interlocutor: "*Oh, por lo menos me parece que el hombre debería tener un cuello como la grulla, de modo que las palabras tuviesen que pasar por muchos nudos, antes de salir de la boca*". Sin duda es una sabia admonición de franciscano buen sentido y de sentido común.

BENVENUTO MATTEUCCI

(L'Osservatore Romano 5-6-65)

(Viene de la pág. 147)

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús tiene por objeto material el Corazón de carne de Jesús y por objeto formal el amor inmenso de este Corazón hacia todos, absolutamente todos los hombres. Aunque la imagen del Crucificado pueda satisfacer nuestra devoción al Sagrado Corazón de Jesús, modernamente hay las imágenes llamadas del Sagrado Corazón representando a Jesús, de pie o sentado en un trono como Rey, en actitud de mostrarnos su Corazón. Recuerdan estas imágenes la aparición de Jesús a santa Margarita María de Alacoque ocurrida el 16 de junio de 1675 el domingo después de Corpus. Presentado su Corazón a la santa salesa Jesús le pidió que hiciera instituir una fiesta del Sagrado Corazón el viernes que sigue a la octava de Corpus.

Viendo un Santo Cristo muerto, instintivamente contemplamos la lanzada. Y viendo la sangre pensamos en el Corazón que la ha derramado. Y oyendo misa, cuando el sacerdote levanta el caliz pensamos en este Corazón. Hay una jaculatoria famosa que dice: "Cor Jesu Sacratissimum, miserere nobis". Corazón Sacratísimo de Jesús, ten misericordia de nosotros. Tal vez en ninguna otra ocasión sería tan oportuno decirlo como al ver levantar el cáliz. Al adorar la sangre vertida por nosotros parece natural pedir piedad al Corazón que la ha ofrecido.

En la literatura mística y particularmente en las letanías del Sagrado Corazón, este Corazón de Jesús, Hijo del Eterno Padre, formado por el Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen

María, unido substancialmente al Verbo de Dios, es templo y santuario del Altísimo, Casa de Dios, puerta del cielo, horno ardiente de caridad, abismo de todas las virtudes, rey de todos los corazones, centro de todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, de la plenitud de la divinidad, en que el Padre se ha complacido, el deseado de los collados eternos, fuente de vida y de santidad, saturado de oprobios, vida y resurrección nuestra, delicia de todos los santos, esperanza de los que Vos mueren; Corazón herido por una lanza, obediente hasta la muerte, tened piedad de nosotros —dicen las letanías.

Mucho antes de instituirse la fiesta del Sagrado Corazón existía una literatura y una iconografía de esta devoción. Desde siempre las almas delicadas se habían refugiado en la herida de este Corazón viéndolo como la puerta, el jardín, el paraíso de delicias encontrado de nuevo, el único posible en este mundo. En Él realmente cabe todo el mundo. Millones de hombres se han escondido en el fondo de este Corazón y se han pasado allí la vida encontrando la fuerza tanto en orden a la contemplación como en el trabajo. Para millones de grandes pecadores, que ciertamente no han hecho de su vida una obra de arte sino una catástrofe, este Corazón llameante de caridad, ha sido, como para Dimas el buen ladrón, el faro, el puerto y el asilo en la hora de la muerte. Se puede decir que no hay ninguna de las metáforas usuales en el lenguaje tan exactas y nobles como éstas.



EL MARXISMO SOVIETICO: SU MISTICISMO MATERIALISTA

El marxismo pretende ser una concepción universal que responde a todas las cuestiones de la vida. Es una política, una moral, una ciencia y una religión. Es una religión que quiere suplantar el Cristianismo. El marxismo, que contiene un elemento científico, representa una creencia religiosa; pretende ser el representante de una misión universal de liberación y el salvador de la humanidad. El marxista es un ferviente dogmático; no es crítico ni escéptico, tiene una confesión y un sistema dogmático.

Efectivamente, la fase científica y evolutiva y el desarrollo de la economía no es suficiente para arrastrar la masa a una labor. Siendo el marxismo el mayor y más completo ataque que se ha registrado contra el Cristianismo, no sería posible su victoria sin una mística y una religión que enardeciera los ánimos y llenara las aspiraciones del hombre,

El marxismo es más contrario al Cristianismo que al capitalismo, ya que deriva de aquél; está contaminado por su espíritu. En realidad el socialismo marxista tiende a reemplazar el Cristianismo. Tiene pretensiones religiosas, detesta la religión y busca sustituirla. Es la rebelión del reino terrenal y humano contra el reino de Dios, el reino celestial. El marxista es un verdadero revolucionario; no puede creer en Dios. Por sus pretensiones, el marxismo no puede afirmar que la religión es un asunto de carácter

privado, ya que él es una religión opuesta a todas las demás y especialmente al Cristianismo. El comunismo quiere ser en todo semejante a la Iglesia: tiene dogmas y excomunica a los herejes.

Después de estas consideraciones es fácil comprender la causa de las persecuciones religiosas. Persigue porque es una religión y se considera una religión verdadera; por lo tanto las demás son falsas y esto no puede tolerarlo.

Es la rebelión del reino de este mundo, la negación definitiva de toda espiritualidad, hasta tal punto que su materialismo encierra una mística. El reino del comunismo es teocrático. Es un monismo que absorbe Estado, Sociedad e Iglesia. Exige que se le rindan honores, no sólo como César, sino también como Dios. Por lo tanto no puede admitir a su alrededor ninguna iglesia a no ser que haya razones de oportunidad o de tipo táctico y siempre temporalmente.

El comunismo es una idolatría social. No tiene nada de extraño ya que la negación de Dios conduce a la creación de dioses falsos. La colectividad, a la que se rinden honores divinos, toma el puesto asignado a Dios. Dostoyewski sintió profundamente que el socialismo ruso era un problema religioso relativo a Dios y a la inmortalidad, a la transformación completa de la vida humana y no un problema político.

Junto con el problema religioso, e

íntimamente ligado con él, hay que considerar el mesianismo del proletariado. El proletariado organizado y dominando el mundo, es el dios terrenal que ha de reemplazar el Dios Cristo. Para ello ha de dar felicidad, fuerza y libertad a la humanidad. La misión mesiánica del proletariado es la idea más original de Marx. Este mesianismo es el mito capital del marxismo. Tiene en él su raíz toda la capacidad del materialismo marxista para animar la actividad y el levantamiento de las masas obreras. Este mito no podía ser engendrado más que por una fe: la revolución universal del proletariado inaugurará el reino de la libertad con el socialismo. Una nueva era empezará. El proletariado consciente coincidirá en sus intereses con los de la colectividad. La naturaleza del proletariado no ha podido ser revelada por una ciencia, pues no puede ser más que objeto de fe, que según San Pablo es la demostración de las cosas invisibles. Lo que se revela a los ojos de Marx y de los marxistas es una entidad que no puede verse ni cabe en el conocimiento científico.

El proletariado es la clase mesiánica, llamada a libertar la humanidad; el mesianismo está ligado a la liberación de los oprimidos, al triunfo de la justicia social. Pero el proletariado, para Marx, no es la clase obrera; es una idea, un mito comparable con lo que fue para Rousseau el mito de la democracia... En el fondo de la doctrina de Marx se respira una supervivencia del dualismo maniqueo, del contraste violento del dios bueno (proletariado) y del dios malo (burguesía). Este dualismo acabará con la victoria del proletariado que recibe los atributos del pueblo escogido por Dios.

En la Raíz del mesianismo marxista está el judaísmo de Marx. Marx era un judío, separado de la fe de sus mayores, pero impregnado del deseo mesiánico de Israel. El proletariado, para él, es el nuevo Israel, libertador y conquistador de la nueva ciudad terrenal. Trocó el pueblo escogido en clase escogida.

Es claro que el fondo de esta idea es religioso y que la ciencia no llega a ella. En esta idea se basa la religión comunista.

La transposición del mesianismo judío al marxismo está claramente retratado en las siguientes palabras de B. Russell: "La presentación judía de la historia, del pasado y futuro es de una índole que apela poderosamente a todos los infortunados y oprimidos de todos los tiempos. San Agustín adaptó esto al cristianismo, Marx al socialismo. Para comprender a Marx psicológicamente, se debía emplear el siguiente diccionario:

Jehová: Materialismo dialéctico.

El Mesías: Marx.

Los elegidos: El proletariado.

La Iglesia: El partido comunista.

El segundo advenimiento: La revolución.

El infierno: El castigo de los capitalistas.

El milenio: El Estado comunista.

Para reforzar este mesianismo proletario ideado por Marx, ha afuido a él otro elemento muy importante: el mesianismo ruso. El pueblo ruso se ha identificado con el proletariado, ha aportado su profunda vocación religiosa. Ya en el siglo xv el monje Filoteo había hablado de Moscú tercera y última Roma. Con la caída de Bizancio, Rusia era el refugio de la fe ortodoxa. Esta concepción ha quedado impresa en la mente rusa. De aquí nace el apelativo de Santa Rusia. Este sentimiento mesiánico se expresa claramente en Dostoyewski al definir a Rusia como el pueblo que lleva a Dios. El marxismo es una encarnación atea del mesianismo ruso: la luz de la revolución rusa iluminará el Occidente. Rusia no pudo hacer la Tercera Roma y realizó la Tercera Internacional. La religión comunista se refracta en la forma del pensamiento ruso, que consiste en la esperanza de la realización del Reino de Dios en la tierra.

JAVIER SANMARTÍ ROSET

ACERCA DEL TRIUNFALISMO

No habrá pasado desapercibido al lector el hecho de que ciertas palabras, sin saber cómo, se ponen de moda. Hay una época, más o menos larga, en que su uso es frecuente, como un lugar común, como una muletilla fácil para la conversación o el discurso. Luego, por extrañas y desconocidas razones, tales palabras caen en desuso, se hacen menos frecuentes y pasan al olvido. Así sucedió con "insobornable", "crucial", "vertebrar"; y así acaba de sucedernos con "los años treinta y similares".

Ahora estamos en presencia de otras palabras de "curso usual". De ellas, por lo novedosa e importada, en cuanto a su significación teológica, me interesa aquí destacar la de "triumfalismo".

Entre algunos autores católicos modernos, implicados o no en el quehacer político, esta palabra, rápi-

damente, se ha puesto de moda. Es algo así como una munición de reserva, que se arroja o dispara en el último momento contra quienes según su punto de vista, permanecen aferrados a tesis eclesiológicas que el Concilio está en trance inmediato de arrinconar para siempre.

Frente a una Iglesia "triumfalista", que ha hecho de este mundo su paraíso, que pisa recio y fuerte, que habla en alta voz y con autoridad, que merece el respeto y la ayuda de la autoridad civil, oponen una Iglesia sencilla, recatada, escatológica y ultimista; una Iglesia minimizada, que pide permiso, con mucha cortesía, para hablar, y que desea refugiarse, para no ser un estorbo, en el último rincón, donde no se la vea demasiado, donde no moleste ni perturbe; si no deseosa, al menos alegre y contenta del desprecio y de la persecución; menesterosa, redu-

cida a la pobreza, y si fuera posible a la miseria, para que nadie la impute codicia de lo temporal.

Se dice —apoyando el argumento— que la Iglesia no puede, conforme al plan divino, quemar las etapas y transformar su ciclo presente e histórico, enmarcado en la órbita militante, en aquel reinado victorioso que le aguarda para el día en que comience con la segunda venida del Señor su era radiante y triunfal.

De inmediato se advierte al estudiar la argumentación, hasta qué punto van penetrando en la teología católica las tesis protestantes. Uno de los binomios que más aprecian los pensadores luteranos es el que opone la teología de la cruz —propia de la iglesia militante— a la teología de la gloria —propia de la iglesia triunfal—. Ia antítesis, gramaticalmente hablando, es muy bella, pero, ideológicamente, es inexacta.

Vivimos en el mundo, ciertamente, un "vía crucis", pero que acaba no en la cruz, sino en la resurrección. Si no fuera así, dice San Pablo, vana será nuestra fe. Pues bien, la resurrección de Cristo y la efusión del Espíritu Santo el día de Pentecostés, nos dicen muy claramente que entrelazándose con el "vía crucis" hay una vía gloriosa. No olvidemos que la gracia es participación de la vida divina, que en el bautismo somos consueptados con Cristo, y con Cristo, también, resucitados, y que el Espíritu Santo es el alma increada y vivificante de la Iglesia, de esta Iglesia que en el tiempo, instrumentalmente, va realizando la edificación de Cristo total, hasta el logro de su plenitud, o como el mismo San Pablo dice, de su edad perfecta.

El triunfo de la gracia en las almas, la irrupción en los hombres de la vida santificante de Dios, la existencia de los "justos", es una victoria de Cristo, a través de su Iglesia. La conversión colectiva de un pueblo, la limpieza y honestidad de las costumbres, la existencia de aquello que se ha venido llamando

con propiedad una tradición y un ambiente cristianos, son obra de la acción perseverante de la Iglesia en las naciones. La legislación y el orden social inspirados en el Evangelio, la autoridad civil dispuesta y propicia a remover obstáculos y a hacer más fácil el quehacer apostólico, no pueden de ninguna manera estar reñidos con el deseo de Jesús, enviando a los suyos a predicar el divino mensaje y a bautizar a las gentes. Si no fuera así, toda una interpretación milenaria del mensaje de Cristo, por parte de su Esposa, la Iglesia, habría sido equivocado y perjudicial; y eso no es admisible por razones lógicas y por razones sobrenaturales.

Que las circunstancias de hecho y algunas realidades, más dignas de lamentar que de justificar, avalen la adopción de medidas prácticas que permitan a la Iglesia, en las condiciones que se ofrecen, continuar o comenzar su labor, será una cuestión de táctica y de procedimiento, que nunca afectará al objetivo que se persigue al ideal pretendido y buscado, a los principios que permanecen sólidos e inmutables.

Pablo VI —como ya lo hizo Pío XII—, en su luminosa Encíclica "Ecclesiam suam", ha rechazado la tesis minimista que aspira a reducir a la Iglesia a las catacumbas y a las sacristías, empujándola, a grupos minoritarios, escondidos, y, a la larga, inoperantes. La presencia de los católicos en la vida pública y en las actividades temporales, que los Papas vienen urgiendo, constituyen el mayor mentis que de una forma oficial y reiterada pueda darse, a este minusculamiento de la Iglesia.

El católico, en cuanto a tal, por una exigencia del bautismo está llamado a cristianizar el mundo, a evangelizarlo, a santificarlo. Las estructuras temporales son parte de e mundo que es preciso salvar y que Cristo vino a salvar; y el Estado es una de las más importantes

estructuras temporales, en cuya retícula el hombre vive y se mueve, piensa y trabaja. El Estado es responsable del orden social. ¿Cómo puede detenerse la "consecratio mundi" ante el Estado, ante la pieza fundamental, que articula, inspira, anima o deshace las otras estructuras? Para mí, la tesis del Estado laico, cuando la veo defendida por católicos, me recuerda la actitud de los gobernantes que no habiendo podido suprimir el mercado negro, acaban perdiendo el espíritu de lucha y acuden a razones más o menos sutiles para legalizarlo y no confesar paladinamente su derrota.

Un estado, preocupado por el bien común temporal de los súbditos, se justifica a sí mismo; pero un Estado que, además, hace viable a esos mismos súbditos su definitivo y eterno bien, que es la salvación del alma, entendiéndose con la Iglesia única y verdadera de Cristo ayudándola y sirviéndola, ha sido y seguirá siendo el ideal. Si a esto quiere llamársele "triumfalismo", no se oculte que la Iglesia Católica y una larga serie de Papas han sido "triumfalistas".

Ser "triumfalista", en este sentido, no quiere decir "inmovilista", sino todo lo contrario. Precisamente, ese deseo de "triumfar", no es otra cosa que un deseo de que Cristo sea conocido, recibido y amado; de que se acepten los derechos de Dios, que están por encima de los derechos de la criatura, por los hombres, las familias y los pueblos. "Triumfalismo" no quiere decir, que yo sepa, y no he visto a nadie que lo afirme, imposición de la fe y del bautismo a "cristazos" como diría Unamuno, aunque sí suponga poder utilizar la fuerza contra aquellos que por la fuerza impiden a los otros oír la palabra de salvación o continuar fieles a ella.

Si hoy se nos habla con insistencia del diálogo, es con el propósito de que el diálogo sea un instrumen-

to de evangelización. En el diálogo de Cristo con la Samaritana no hay un forcejeo en busca de mutuas concesiones para conseguir un acuerdo honorable. Cristo no utiliza el diálogo por puro recreo espiritual, sino a sabiendas de que comenzando a hablar del agua que dormía en el pozo, las cosas irían a su terreno: apagar la sed de la pecadora con el agua viva que manaba de su corazón sagrado. Y la Samaritana, alegremente, evangelizó, a su vez, la ciudad.

Es cierto que Jesús ordena a sus discípulos que no arranquen la cizaña que el enemigo había sembrado, pero también previene al padre de familia a fin de que esté vigilante y alerta, para hacer frente al ladrón. Y no olvidemos que el ladrón de las almas ruge y merodea sin reposo para tratar de perderlas.

La Iglesia, siempre en período de reforma, necesita —claramente lo han dicho Juan XXIII y Pablo VI—, conocerse mejor a sí misma, alzar su mirada al Esposo que la fundó y la hizo suya, responder cada día con mayor fidelidad a lo que Cristo pide y le exige. De ahí, una teología pastoral acomodada a nuestro tiempo, las modificaciones litúrgicas, la puesta al día, la urgencia de una mayor santidad en la cabeza y en los miembros, en los sacerdotes y en los fieles, el sentido más pleno de la Iglesia, como sacramento total y como asamblea, como instrumento de redención y como humanidad redimida.

Pero nada de esto se halla reñido con lo que despectivamente se llama "triumfalismo", porque lo que de verdad quieren los "triumfalistas", como quería el Precursor, es que el apóstol disminuya y que Cristo crezca, interior y exteriormente, como creció en su vida histórica y ha de crecer ahora, ostensiblemente, en su Iglesia, que no en balde es Su Cuerpo, como tanto se nos recuerda, siguiendo a San Pablo.

BLAS PIÑAR

(Reproducido de «Perseverancia»)



EL ARZOBISPO DE BARCELONA

EXHORTACION PASTORAL SOBRE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES

Amadísimos diocesanos: Otra vez — y con el mayor gusto y anhelo de provecho pastoral — convocamos a la celebración en nuestra querida Archidiócesis del **DÍA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES**. Hemos fijado para el mismo el próximo día 16 de mayo, IV dominica de Pascua.

Deseando que tal jornada se convierta en un punto de referencia de profundas lecciones apostólicas y espirituales, invitamos a nuestros sacerdotes, religiosos, organizaciones de apostolado seglar y católicos todos a reflexionar sobre la trascendencia de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de cara a la propia santificación y conversión de las almas a Dios, con unas consideraciones tan sencillas como evidentes.

LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, RESPUESTA A LOS MALES DEL LAICISMO

El Papa Paulo VI, en la homilía del 14 de marzo de este año clama contra el laicismo desenfundado hoy día que “a veces llega hasta las puertas de nuestras iglesias y que en muchos países, hoy también, sigue bramando. No se quiere siquiera la imagen de Cristo. Se tiene un conocimiento vago de Cristo. No se le conoce bien.”

Por esto hay que remediar tan grave mal, que entre nosotros tiene soluciones y posibilidades de apostolado todavía muy eficaces. Entre ellas, la predicación de la Palabra de Dios, que hoy tanto realza la nueva modalidad de la Constitución Litúrgica del Concilio Vaticano II.

Pero sería un error gigante y nefasto reducir la predicación sagrada exclusivamente a los actos litúrgicos. Conviene, además, una predicación sistemática, popular y adaptada a todos los ambientes sociales.

De ahí que la predicación de la doctrina y de las verdades de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, no puede reducirse a las tandas en completo retiro, sino que siguiendo una áurea tradición de nuestra Archidiócesis, urgimos para que en las Parroquias, instituciones católicas y obras de apostolado se practiquen anualmente los llamados “Ejercicios abiertos”, que tanto bien ha hecho a nuestro pueblo fiel.

Mas no basta esta predicación. Son muchas las empresas que ya practican con óptimos frutos y muchas otras que están dispuestas a facilitar una predicación anual, dentro del horario laboral y con asistencia libre, a los empleados y trabajadores que deseen esta formación de cultura religiosa.

Este apostolado lo practicó personalmente en Milán nuestro venerado Papa Paulo VI, con resultados indiscutibles. Nos deseamos también que la Obra de Ejercicios Parroquiales organice más y más esta especialización, con prudente y maduro celo. Y alabamos las empresas que generosamente abren sus puertas para que los que están hermanados en la misma comunidad de trabajo escuchan la Palabra de Dios, en su más pura línea evangélica, cual nos ofrece el esquema de las verdades que tan inspiradamente supo trabar San Ignacio de Loyola en su Libro de Ejercicios.

LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, MEDIO DE UNIÓN DE LOS CATÓLICOS

El pasado 1.º de abril el Papa nos ha dicho: “La unidad no es sólo una prerrogativa de la Iglesia, es un deber, una ley, un empeño. La unidad debe ser reconocida por todos y cada uno; por todos promovida, amada y defendida. No basta llamarse católicos, es necesario estar efectivamente unidos”. Mucho hemos reflexionado sobre estas palabras, tan graves, con que nos alerta el Papa. En presencia de Dios creemos obligan a todos los católicos a tomar muy en serio el tema de la unión. ¿Cómo afianzarla y hacerla más sólida? No con medios humanos. La unión se consigue con la plena fidelidad al Señor y la obediencia al Papa y los Obispos.

Para fomentar este espíritu de unión invitamos a todos nuestros católicos a practicar Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola, en completo retiro. En los Ejercicios Espirituales el alma logra saborear las verdades de la fe y de la caridad, del apostolado y del sentir con la Iglesia.

A los que ya han practicado Ejercicios, les exhortamos a repetirlos.

A los militantes todos de las obras de apostolado, a todos los que están encuadrados en las especializaciones de Acción Católica, a todos cuantos quieran profundizar seriamente en la vida interior y de apostolado sólido, con todo el ahinco de Padre, les exhortamos a la práctica de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, al mismo tiempo que a nuestra Obra de Ejercicios Parroquiales apremiados para que organice tandas de repetición, tandas de Ejercicios intensivos y — ¿por qué no? — alguna tanda de mes para seglares.

El Cardenal Cardijn, fundador de la J.O.C. — cuya benemérita figura tiene tan merecido relieve internacional —, ha dicho: “La experiencia me ha enseñado que

los Ejercicios que se apartan de los de San Ignacio no forman los jóvenes de lucha, cual los necesitamos nosotros. Por esto prefiero que los militantes de la J.O.C. practiquen los Ejercicios según el método ignaciano". Así hablan los verdaderos apóstoles.

Por esto a nuestras organizaciones de apostolado les invitamos que, de acuerdo con la Obra de Ejercicios Parroquiales, con el mayor interés planifiquen un calendario de tandas y procuren un reclutamiento nutrido y selecto para las mismas.

Conocemos, también, como últimamente han tenido lugar tandas de Ejercicios Espirituales para universitarios. Alabamos y deseamos un incremento incesante de tandas para intelectuales y universitarios. Asimismo para otras especializaciones: empresarios, trabajadores, matrimonios, castrenses, juventud.

Estamos ciertos que si en nuestra Archidiócesis se multiplican las tandas de Ejercicios Espirituales de San Ignacio, siguiendo las directrices que señalamos a esta exhortación, secundaremos la consigna pontificia de unión entre los católicos, que bajo ningún motivo se puede resquebrajar.

A nuestros Rdos. Sres. Párrocos y Clero parroquiales recordamos la importancia de los Ejercicios Espirituales en la vida pastoral. Cuiden las Ligas de Perseverancia con el mayor cariño e interés. Fomenten el Retiro men-

sual de los ejercitantes. Íntimamente enlazados en la Obra de Ejercicios Parroquiales, aunque sea a costa de esfuerzos — que el Señor le recompensará con creces — no descuiden la tanda anual de Ejercicios, ya parroquial, ya interparroquial. Entre las familias de los ejercitantes que no falte la revista "Perseverancia", cuya lectura hace mucho bien. Asimismo recomendamos a todas las Comunidades religiosas, de vida contemplativa y activa, así como a todos los buenos católicos, que el próximo día 16 encomienden mucho al Señor nuestra tan amada Obra de Ejercicios Parroquiales, así como a nuestros Reverendos Párrocos y sacerdotes que en las predicaciones de dicha dominica hagan patente la necesidad de practicar Ejercicios Espirituales en completo retiro. A los mismos ejercitantes les recomendamos generosidad en su oración y colaboración, personal y económica, a la Obra de Ejercicios Parroquiales.

Muy de corazón pedimos a la Santísima Virgen, bajo el título de Madre de la Iglesia, que nuestro DÍA DE LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES, sea muy fecundo en realizaciones y en frutos de santidad para nuestras Parroquias y Archidiócesis.

Barcelona, festividad de S. José Obrero de 1965.

† El Arzobispo

NOTA BIBLIOGRAFICA

PRIETO RIVERA, S. J., P. MARTÍN: LA LIBRE PROPAGANDA RELIGIOSA EN LOS PAÍSES CATÓLICOS. Sevilla, Imprenta La Gavidia. Pachecos, 2. 238 págs.

Muchos son los libros y artículos que en estos últimos meses han contribuido a despertar y a formar la conciencia nacional en un problema que es de vida o muerte para el catolicismo español. Los mejores teólogos han reforzado la tesis tradicional con nuevos argumentos adaptados al momento actual de España y del mundo. Creemos que el trabajo del P. Martín Prieto nos ha prestado un inestimable servicio con su libro que cumple a maravilla lo de "vetera novis augere", defendiendo la doctrina de siempre con las armas de hoy. Cuantos se interesan por la paz y la unidad religiosa de nuestra Patria deben leer y meditar el libro del P. Prieto. Su densidad y riqueza doctrinal se condensan difícilmente en una reseña bibliográfica, máxime si tenemos en cuenta que el A. rehúye toda retórica y ampliación para atenerse a un método casi escolástico en su exposición.

Comienza el A. con el planteamiento del problema de la libertad religiosa y su delimitación. Expone luego la tesis tradicional, siempre enseñada y nunca rectificada por la Iglesia con su enseñanza y con su práctica. Tras insertar pasajes de todos los Papas desde Gregorio XVI hasta Paulo VI, expone los derechos de Dios, la inmoralidad intrínseca de la libertad religiosa, los derechos y deberes de la Iglesia, los de la sociedad católica y los del Estado católico, las inconsecuencias del proselitismo

heterodoxo y las razones prácticas para la tolerancia. Con esto tendríamos ya un trabajo acabado sobre la materia si en nuestros días no hubieran soplado vientos de fronda y si algunos no se hubieran empeñado en oscurecer lo que y estaba bien claro. Atendiendo a ello, el P. Prieto ha añadido a su libro una cuarta y más extensa parte que intitula: la tesis moderna de la libertad religiosa. Con una documentación muy al día y con toda pausa, expone los derechos de la persona y de la libertad humanas, tanto de los disidentes como de los católicos; los derechos de la conciencia y de la verdad, la incompetencia del Estado para intervenir en lo religioso, las recientes enseñanzas de la Iglesia, el bien universal del catolicismo y la necesidad de la convivencia con los no católicos, y la libertad religiosa como consecuencia del Ecumenismo. Finalmente examina si la libertad religiosa trae consecuencias dañosas para el catolicismo, a la luz de los casos de Francia, Italia, Norteamérica y Holanda, y termina sopesando el argumento de los hechos inevitables.

Es notable el esfuerzo puesto por el P. Prieto en conceder la palabra a todos los adversarios y en dejarles decir todo cuanto pueden objetar, para luego aclarar con todo método y sin prisas cada uno de los puntos en litigio.

Sea bienvenido el libro del P. Martín Prieto. La mesura de sus términos y la puntualidad de su aparición corren parejas con la solidez de la doctrina y la claridad de la exposición. Al terminar la lectura no podemos menos de congratularnos con el A. y desear que libro tan provechoso vea muchas y más amplias reimpresiones.

FRANCISCO SEGURA, S. I.

Suscripción ordinaria . . . 200 Ptas. año
 » de amistad de 200 a 1000 Ptas.
 » de protección a partir de 1000 »
 Número suelto 20 »

CRISTIANDAD

REDACCION: Lauria, 15, 3.º - Telf. 221 27 75

ADMINISTRACION: Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Suscripciones módicas para Sacerdotes, centros de Enseñanza y casos especiales.